

OBRAS
ESCOGIDAS



Makarina, la hermosa joven de Rapa Nui (o Isla de Pascua), pasaba tardes enteras conversando con una enorme tortuga y soñando con islas verdes y azules del otro lado del mar. El día en que su sueño se convierte en realidad, Makarina desaparece de la isla y todos la dan por muerta. El desenlace de esta historia de amor, basada en una leyenda pascuense, es mágico y bello.

El relato se complementa con breves informaciones acerca de la historia y costumbres de Rapa Nui y por bien documentadas ilustraciones.

Jacqueline Balcells y Ana María Güiraldes, chilenas, se asociaron hace muchos años para escribir juntas. Como fruto de este entendimiento literario han nacido obras de misterio, de ciencia ficción y también de corte histórico, como esta colección: *Un día en la vida de...* Ambas escritoras han publicado también individualmente exitosas obras y han recibido importantes distinciones, como integrar la lista de honor de Ibby International, el Premio Municipal de Literatura 1985 (Ana María Güiraldes) y el premio Bonnemine d'or, en Francia (Jacqueline Balcells).

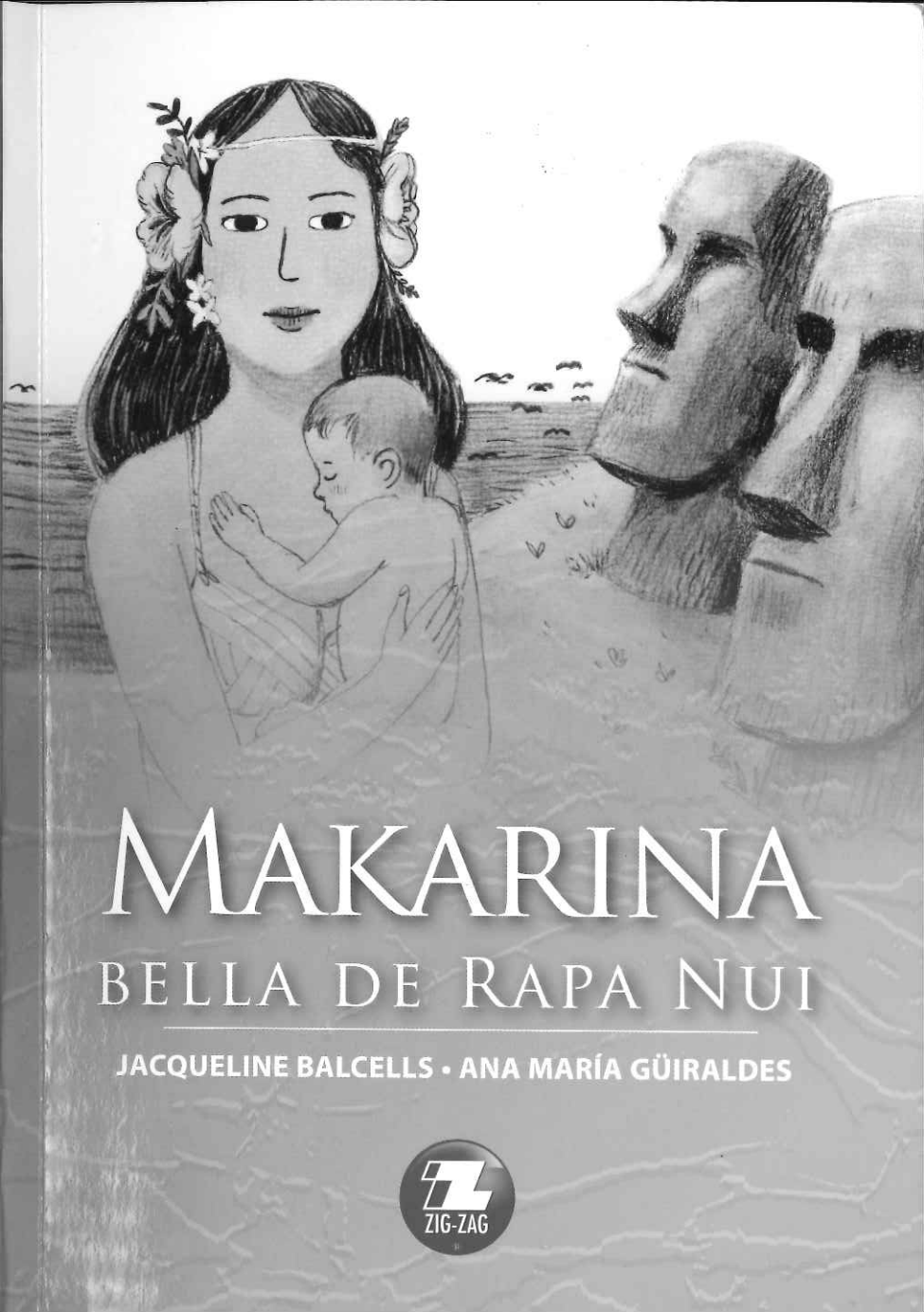
CÓDIGO 2554

I.S.B.N: 978-956-12-2909-9



9 789561 229099

Makarina, bella de Rapa Nui | JACQUELINE BALCELLS • ANA MARÍA GÜIRALDES



MAKARINA

BELLA DE RAPA NUI

JACQUELINE BALCELLS • ANA MARÍA GÜIRALDES



UN DÍA EN LA VIDA DE

MAKARINA

bella de Rapa Nui

JACQUELINE BALCELLS
ANA MARÍA GÜIRALDES



ILUSTRACIONES DE
Sebastián Ilabaca

ZIG-ZAG

Un día en la vida de...

I.S.B.N.: 978-956-12-2908-2.

6ª edición (nuevo diseño): julio de 2016.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-2909-9.

7ª edición (nuevo diseño): julio de 2016.

Gerente Editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.

Editora: Camila Domínguez Ureta.

Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 1992 por Jacqueline Marty Aboitiz

y Ana María Güiraldes Camerati.

Inscripción N° 82.280. Santiago de Chile.

© 2013 de la presente edición por Empresa

Editora Zig-Zag, S.A.

Inscripción N° 234.451. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono (56-2) 2810 7400. Fax (56-2) 2810 7455.

E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl

www.editorialzigzag.blogspot.com

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por Editora e Imprenta Maval SPA.

Rivas 530. San Joaquín. Santiago de Chile.



1

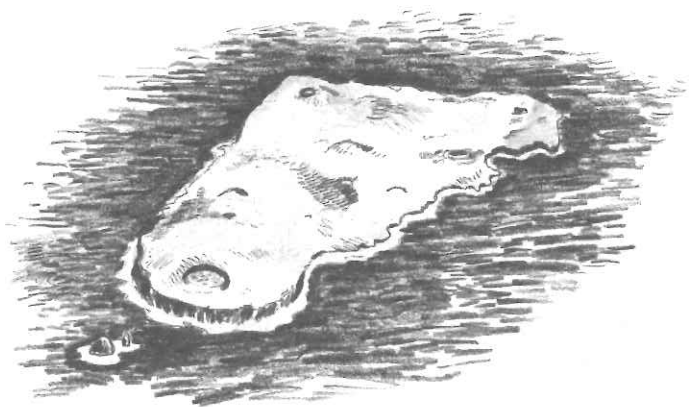
LO QUE RECUERDA LA ABUELA

La anciana de piel reseca y oscura, sentada sobre una estera de mahute en torno al curanto, permanecía en silencio, al igual que los demás. Era un día de fiesta: después de muchos años, y cuando ya todos la creían en el fondo del mar, su nieta Makarina había regresado. Volvió por el mismo camino que tomó al partir: las aguas del inmenso mar. ¿Cómo lo hizo? ¿Adónde estuvo? ¿Quién la trajo? ¿Quién era el padre de ese niño que tenía entre sus brazos?

Una pequeña isla fantasma

En los siglos XVI y XVII, el destino de las monarquías europeas comienza a decidirse en el océano Pacífico y los navegantes surcan los mares en busca de nuevas tierras y más riquezas para sus ávidos reinos. Fue así cómo se descubrió, en medio del océano, una pequeña isla que no figuraba en ningún mapa y a la que sus antiguos habitantes llamaban El ombligo de la Tierra: Te-Pito-o-Te-Henua.

Los primeros en avistarla fueron los holandeses; le siguieron los españoles, los ingleses y los franceses. Por turno fueron descubriendo los misterios de su cultura y por turno la fueron nombrando. Los holandeses la llamaron Isla de Pascua; Isla de San Carlos, los españoles; Te-*api* o Wahu y Los ojos que miran al cielo, los que vinieron después. Los polinesios del pasado la llamaron Rapa Nui, que quería decir la isla grande.



La abuela cerró los ojos y comenzó a recordar.

Su hija Hare aún no cumplía nueve meses de embarazo, cuando la criatura comenzó a protestar por el encierro y golpeó para salir de su vientre. Los viejos entonces se apresuraron a enviar recados a todos los parientes, porque el alumbramiento ya estaba cerca.

La anciana volvió a ver a su hija Hare, con las narices dilatadas y los pómulos tensos, dejando

Aislados del mundo

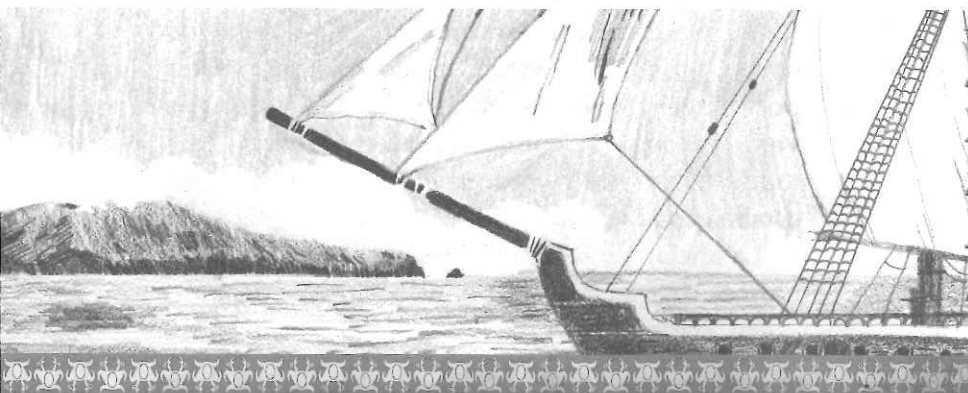
Roggeveen, navegante holandés, descubrió una insólita cultura en la soledad del océano. Instalada allí desde hacía doce siglos, era una de las comunidades más aisladas del mundo: unas 3.000 personas reunidas en un terreno árido y sin saber lo que ocurría más allá de la lí-

nea del horizonte. Y lo extraño era que en medio de la tierra pobre y sin árboles, y junto a la desolación del paisaje, había unas inmensas estatuas de piedra, la mayoría de las cuales se encontraba caída en el suelo.

Un pueblo misterioso

Las enormes estatuas de piedra tendidas sobre la tierra que encontraron los navegantes europeos en esa pequeña isla perdida en el centro del Pacífico, los llevó a hacerse innumerables preguntas. ¿De dónde venían estos habitantes? ¿Cómo habían podido

sus antepasados esculpir esas estatuas tan enormes? ¿Por qué habían sido derribadas? Desde entonces investigadores y científicos de todo el mundo intentaron reconstruir la historia de esa pequeña isla descubierta por Roggeveen.



entrar el aire puro por su boca abierta hasta el fondo de su cuerpo y lanzándolo afuera, junto con el dolor.

Fuera de la choza, las mujeres se afanaban en la preparación del curanto que festejaría el nacimiento. Ya estaban los ñames, la caña de azúcar y los plátanos; había también toda clase de peces y dos langostas que movían sus tenazas para liberarse de sus amarras. Entre unos camotes yacían cinco pollos desplumados; uno de ellos, el más grande de todos, sería cocido encima de la piedra de más arriba para dárselo a comer a Hare y a su marido luego del alumbramiento.

Cuando la criatura comenzó a abrirse paso para asomar al mundo, las mujeres ya estaban retirando los tizones y limpiando las piedras al rojo para colocar sobre ellas las hojas de los plátanos. Cuando la cabeza de la criatura comenzó a salir, desaparecieron en la tierra las aves, los pescados y las langostas. En los momentos en que ella, con su corazón de madre y abuela latiendo apresurado, colocaba una piedra caliente dentro de la calabaza para entibiar el agua con que se lavaría al niño, afuera las jóvenes cubrían el umu con una última capa de hojas, paños mojados, un saco grueso y tierra.

¿De china al Pacífico?

Como sucede siempre en el mundo, a los investigadores serios se sumaron periodistas y falsos científicos que trataron de demostrar que esas gigantescas estatuas de piedra habían sido colocadas allí por extraterrestres. Pero la verdad es otra: hoy se piensa que los antepasados de los pascuenses vinieron de China hace unos 6.000 años, y se sabe que esas enormes

estatuas fueron esculpidas y puestas de pie por sus primitivos habitantes.

En 1971 una expedición científica dirigida por Juan Dausset llegó a Isla de Pascua para hacer un análisis genético de su población. El resultado del análisis no dejó ninguna duda sobre su origen mongoloide, al igual que el resto de los polinesios.



Minutos después, los hombres y mujeres reunidos alrededor de la cocción escucharon un llanto. Luego, la voz cascada de una pariente que asistía al parto lanzó una maldición.

—Es una niña —musitó alguien afuera.

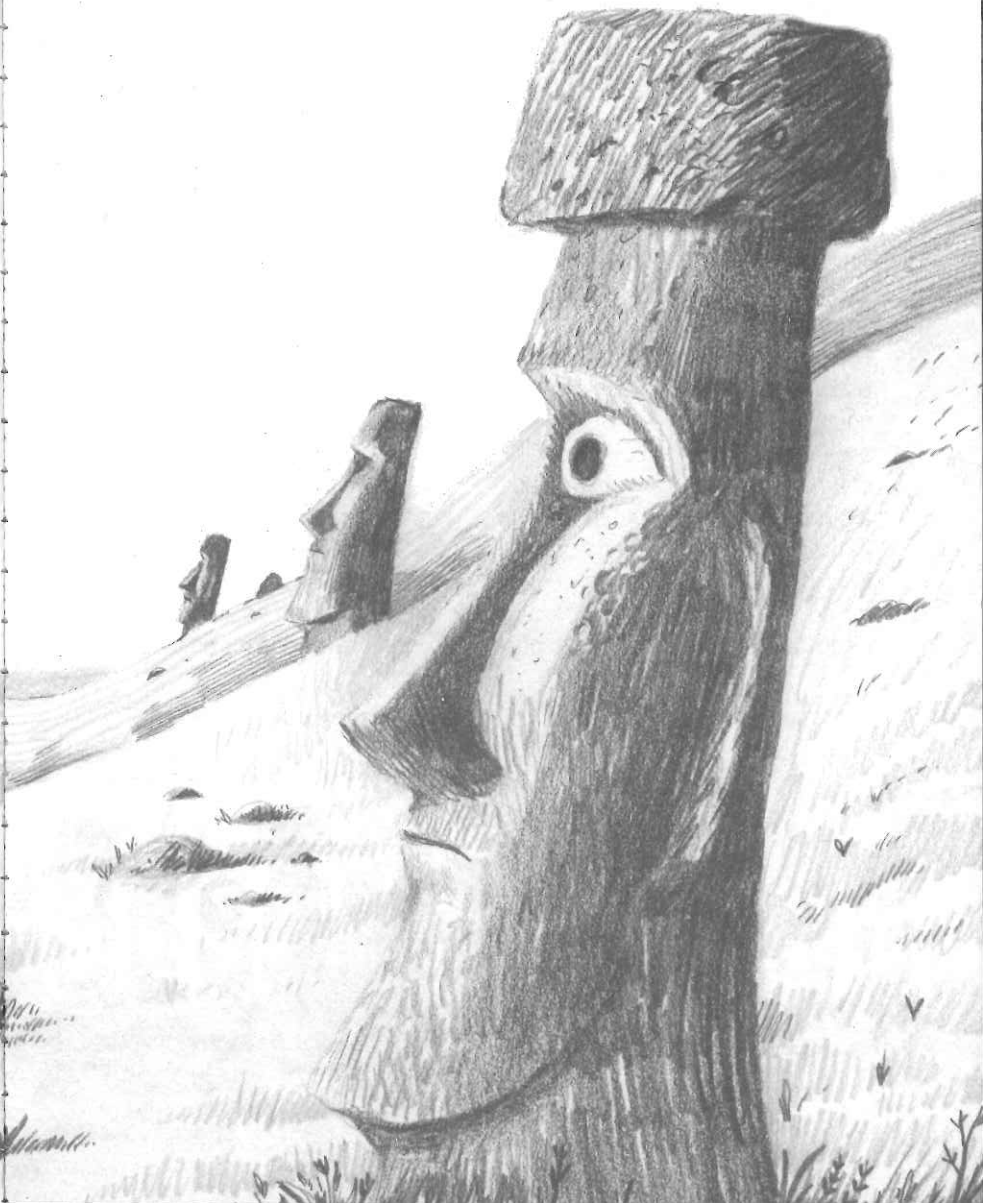
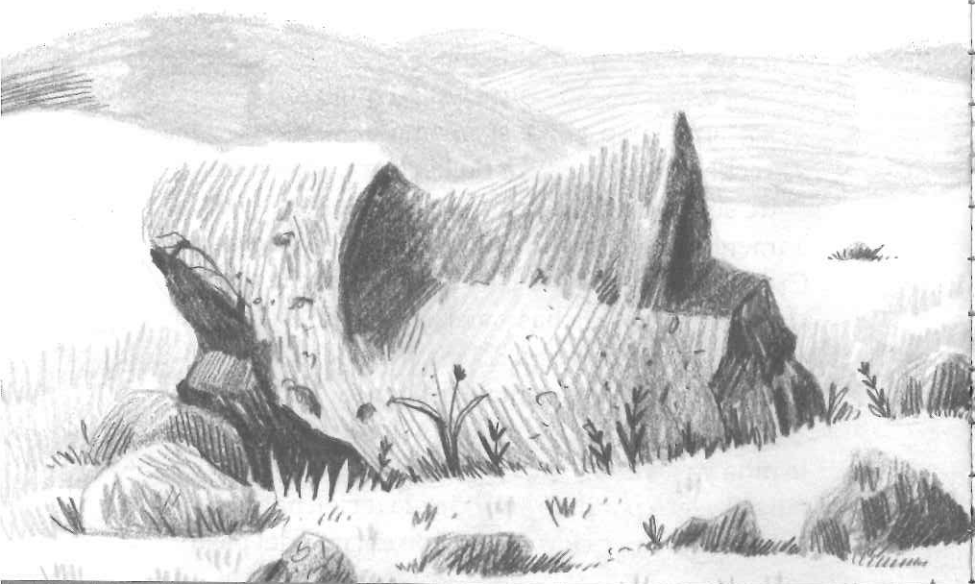
La abuela se vio a sí misma saliendo por la estrecha y baja abertura de la choza, sosteniendo entre sus manos la masa sanguinolenta que había alimentado a la criatura en el vientre de su madre. Cruzó el lugar con toda la velocidad que le permitían sus piernas anchas y viejas, y siguió el sendero que bajaba hacia el mar. Una vez allí levantó su mano y lanzó la placenta a las aguas.

Cuando regresó, otra mujer salía de la choza, con la niña ya lavada y seca. Y mientras los aromas del curanto se expandían en el aire, la recién nacida era colocada en un pañal de mahute encima del pasto.

¿A quiénes representaban estas estatuas?

Según François Dederen, especialista en las estatuas de la Isla de Pascua, estas figuras representaban a un jefe fallecido o a un familiar importante. Se les daba el nombre de moais y jugaban un papel primordial en la comunidad pascuense. Ellas eran el

lazo que los unía con las fuerzas misteriosas del más allá: cuando dos pueblos se declaraban la guerra, los vencedores derribaban los moais de los vencidos. Privados de sus moais, el pueblo perdía su alma; es decir, dejaba de existir.



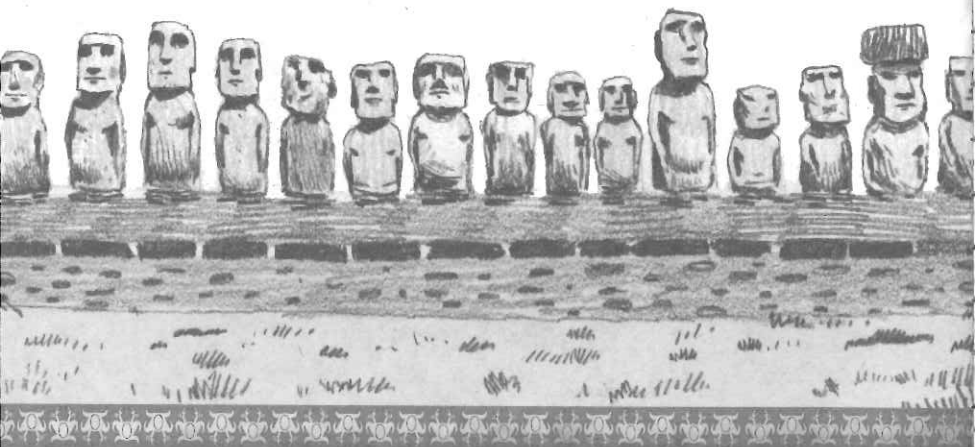
¿Cómo son los moais?

Los moais son esculturas masculinas de piedra que tienen solamente tronco y cabeza. La cabeza estaba cubierta por un enorme sombrero llamado pukao.

Los pukao tenían forma cilíndrica o cónica y eran tallados en toba volcánica de color rojizo. La piedra de los moais, en cambio, es de color marrón. Se han encontrado algunos pukao que miden más de 2 metros de diámetro y que pesan más de 10 toneladas. La mayoría de estos moais se alzaba a lo largo de la costa sobre unas pla-

taformas llamadas ahu, palabra que puede traducirse por templo o altar. A lo largo de la isla existen alrededor de 244 ahu. El más grande de ellos —el ahu Tongariki— medía 150 metros de largo y 4 metros de altura y sobre él se erguían 15 moais.

Durante mucho tiempo se creyó que las estatuas habían sido erigidas con las cuencas vacías, pero en 1978 el arqueólogo pascuense Sergio Rapu descubrió que las estatuas tuvieron en su origen ojos de coral blanco con iris de toba roja.



Makarina había nacido.

Desde entonces habían pasado veinticinco años.

Pero ese día la abuela lo llevaba grabado como si hubiera sido ayer.

La fiesta había comenzado de inmediato. La familia Hare y la familia de Ika, su esposo, habían

¿Cómo levantaron esas moles de piedra?

Al este de la isla se encuentra el volcán Rano Raraku, cuyas laderas están cubiertas de toba volcánica, que es una piedra blanca y porosa. Allí trabajaron los escultores creando cientos y cientos de estas estatuas. Más de 700

fueron transportadas hasta 200 lugares diferentes de la isla, y hay muchas otras que aún siguen en la cantera de Rano Raraku. Las estatuas repartidas por la isla miden alrededor de 3 metros de altura y pesan varias toneladas. La mayor de ellas tiene 10 metros de alto. Pero las que nunca salieron de la cantera son mucho más grandes: hay un moai inacabado que mide 22 metros.

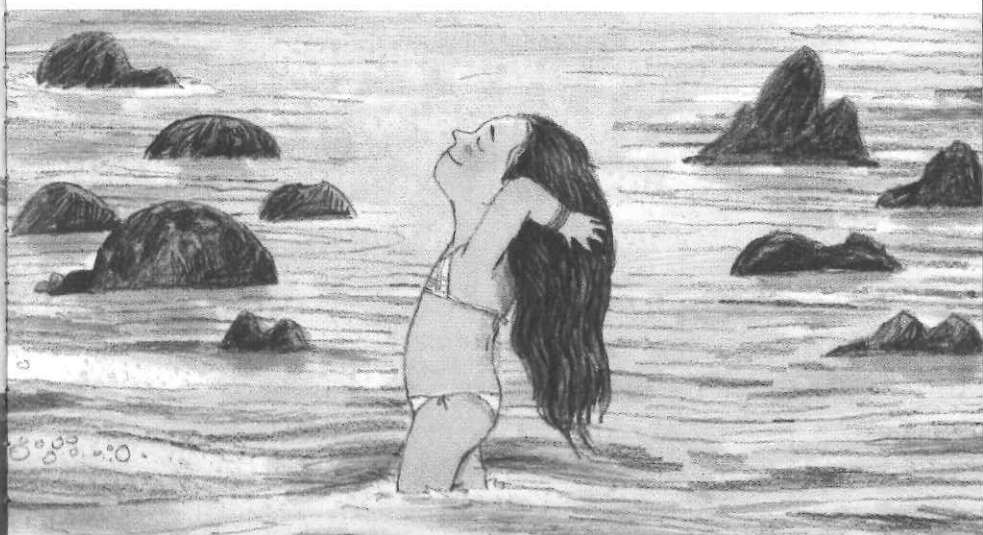


juntado sus curantos. La madre de Ika entró a la choza con una gallina cocida entre sus manos.

—Toma —le dijo a su nuera.

Hare inclinó la cabeza y la recibió. Y sin probarla, se la cedió a su marido Ika. Y el marido, sin probarla, la cedió a un hermano. El rito estaba cumplido: la niña tendría buena suerte, o por lo menos, así lo esperaban todos.

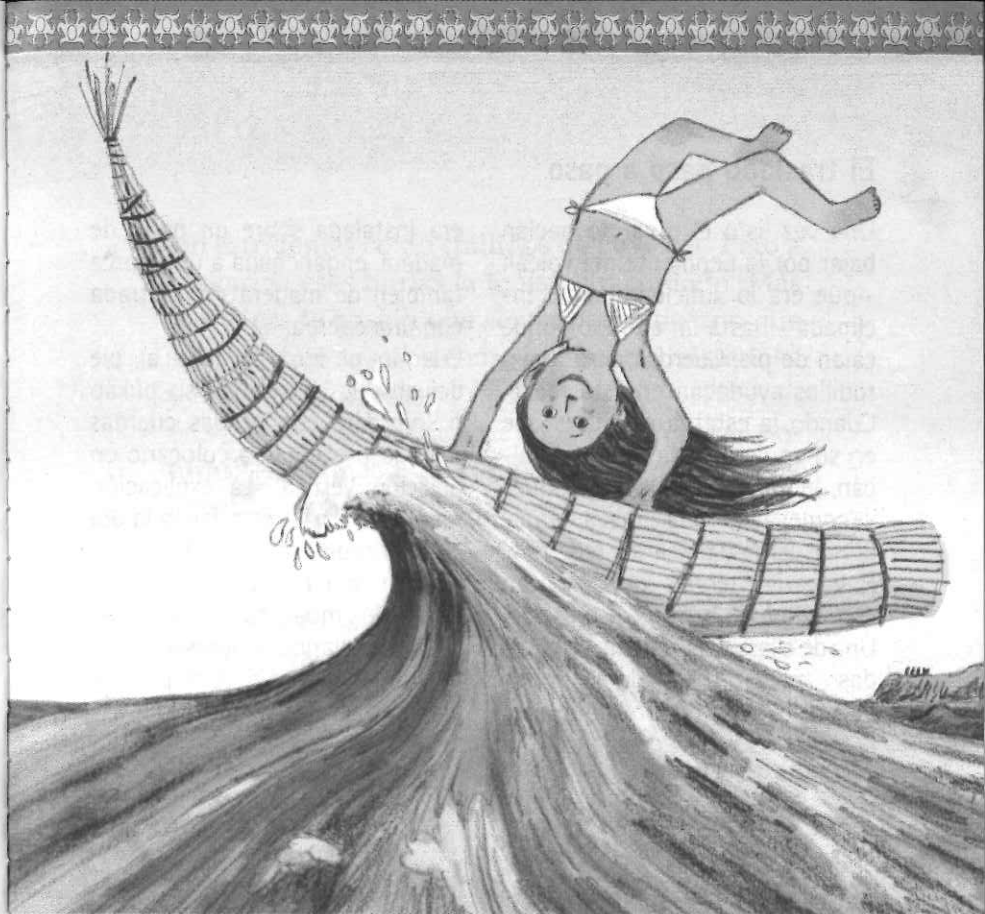
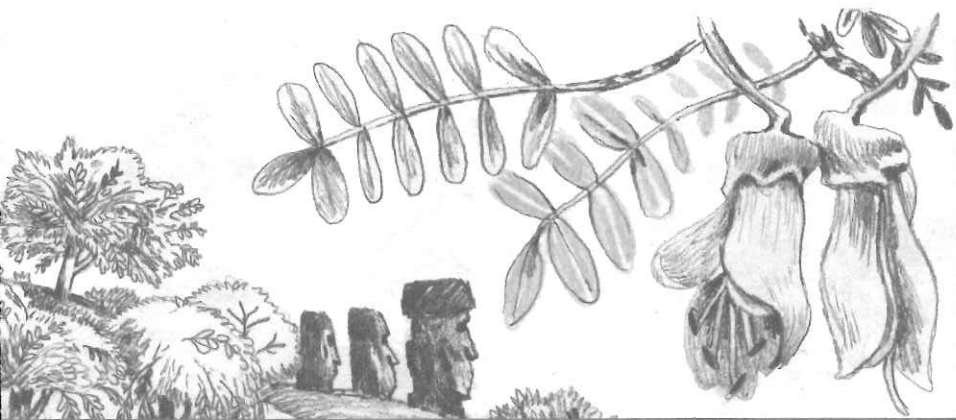
La abuela suspiró. Los recuerdos se le venían encima como oleadas. Makarina había crecido sana, grande y hermosa. Desde pequeña adquirió la costumbre de bajar al mar por las mañanas. Una vez en la orilla, se despojaba de la tela liviana que la cubría y entraba al agua para refrescar su cuerpo. Primero echaba su larga cabellera negra hacia atrás, la cogía entre sus dos manos y, luego de atarla, se



El poder delator

No es difícil imaginar el trabajo de los escultores dando forma a los moais a partir de la piedra volcánica. Lo que sí fue difícil descubrir es cómo estos inmensos bloques habían sido transportados a través de kilómetros para luego ser puestos de pie sobre los ahu, con sus respectivos sombreros. Más difícil aún era imaginar este traslado en una isla en que no había árboles para fabricar cuerdas o palancas de madera. Muchas fueron las especulaciones, hasta que hace muy poco, y gracias a una nueva ciencia llamada palinología —estudio de los pólenes— se

pudo averiguar que durante miles de años la isla estuvo cubierta por árboles grandes y de tronco grueso: los toromiros. Eran una especie de acacia de tronco muy duro, que permitía construir sólidos trineos; también había palmeras con cuyos troncos flexibles fabricaban palancas. Y también existió un arbusto llamado carapico, cuya corteza era muy útil para fabricar cuerdas resistentes. La conclusión es que todos estos árboles fueron exterminados justamente por una tala indiscriminada para fabricar los elementos de traslado.



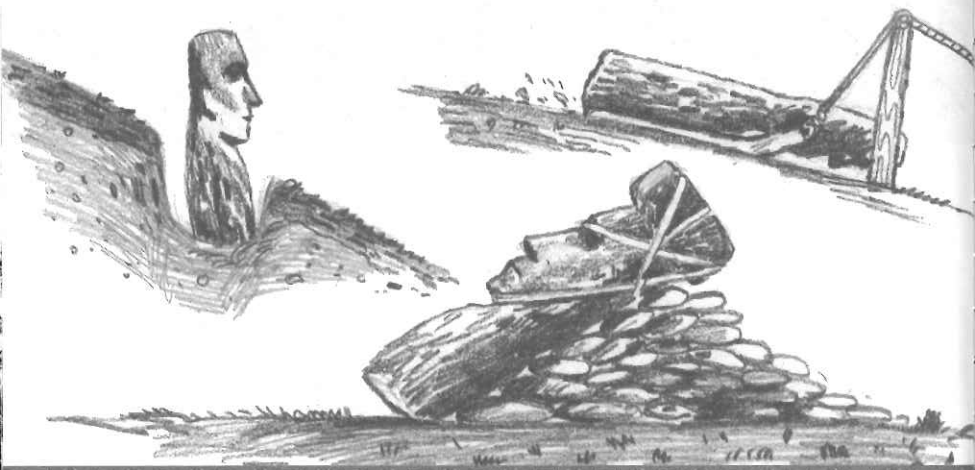
zambullía un buen rato. El agua y Makarina se entendían. Y no había niña en la isla que gustara tanto de pasar horas y horas entre la espuma. Montada sobre caballitos de totora se deslizaba entre las olas altas y verdes como un verdadero muchacho. Las demás niñas de su edad, quizás envidiando sus destrezas, reían con carcajadas

El traslado paso a paso

Una vez listo el moai, lo hacían bajar por la pendiente del volcán —que era lo suficientemente inclinada— hasta un agujero donde caían de pie. Cuerdas, palancas y rodillos ayudaban en esta faena. Cuando la estatua estaba en pie en su agujero de la base del volcán, le daban los últimos toques y comenzaba una nueva etapa, la más larga y difícil del recorrido. Hay varias teorías que explican esta segunda parte del traslado. Una de ellas es un sistema de cuerdas y maderos, llamado el Trípode de Mulloy —en honor al autor de la teoría— según el cual la estatua

era instalada sobre un patín de madera, enganchada a una horca también de madera y arrastrada con una cuerda.

Cuando el moai llegaba al pie del ahu, le amarraban su pukao o sombrero con sólidas cuerdas y luego procedían a colocarlo en posición vertical. La explicación más creíble para esta faena la dio el explorador noruego Thor Heyerdahl, quien expuso la teoría de que los moais fueron levantados acumulando progresivamente una gran cantidad de piedras planas bajo la espalda de la estatua.



tan estridentes como chillidos de gaviotas. Pero a Makarina esas burlas la tenían sin cuidado. Más fuerte era la pasión que sentía por el océano que se abría ante sus ojos como un mundo misterioso y lleno de promesas.

—¡Makarina, ven con tu abuela a preparar tinturas! —la llamaba, desde lo alto, cuando la niña llevaba demasiado tiempo en el agua.

Luego de un momento, y al no recibir respuesta, insistía con voz estridente:

—¡Te digo que vengas, muchacha; ya estás en edad de trabajar conmigo!

Al tercer llamado Makarina salía del agua, sacudía su cabellera y la secaba restregándola con las manos. Luego amarraba a la cintura su tela de colores fuertes y ascendía hacia donde ella la estaba esperando. Y adelantándose a su habitual retahíla de amonestaciones, la nieta la miraba con picardía y comenzaba a recitar:

*Tortuga de mar, tortuga amiga,
muéstrame el camino que conduce a otro camino,
llévame lejos a tierras azules
a un lugar de sombras verdes
donde el sol no nos queme
y donde la noche sea día.*

¿Por qué derribaron los moais?

Cuando los europeos llegaron a Rapa Nui, se encontraron con los moais boca abajo en el suelo a varios metros de su ahu y casi todos rotos a la altura del cuello. Sus sombreros o pukaos habían rodado también a cierta distancia de las cabezas que una vez los sostuvieron. Parecía como si una inmensa mano furiosa los hubiera derribado de sus altares. ¿Qué había sucedido en realidad? Durante cientos de años la población de Isla de Pascua no había pasado de 3.000 personas, hasta el momento en que su número comenzó a crecer, llegando en el siglo XVII a ser de 20.000 habitantes. Este crecimiento de la población trajo consigo grandes dificultades de abastecimiento en una isla tan pequeña y de tan pocos recursos naturales. Llegó un momento en que la gente no

tenía nada para comer. Para poder subsistir, los habitantes se dedicaron al pillaje y se entablaron feroces peleas entre los diferentes clanes, que dejaron innumerables víctimas y también cientos de estatuas en el suelo, porque los vencedores derribaban las estatuas de los vencidos. La anarquía se instauró en la isla durante casi dos siglos.

Así fue cómo en este período de guerras, los moais fueron siendo derribados uno a uno hasta que, finalmente, perdieron su carácter sagrado.

Este largo período de sangre, guerras y también antropofagias, no solo disminuyó la población a unas 3.000 personas, sino que arruinó la isla a tal punto, que quedó sin vegetación, sin flora, sin fauna y sin los símbolos de piedra de sus antepasados.

—¡Hasta cuándo, tú y tu tortuga! ¡Le diré a tu madre que el mar te está poniendo la cabeza mala! —refunfuñaba, luego de escuchar a su nieta.

Pero Makarina la abrazaba y no la dejaba seguir. Y el corazón de la abuela se enternecía.

Así la niña fue creciendo. Su cuerpo, antes liso como las arenas de Anakena, tomó las formas onduladas del vuelo de los pájaros. Entonces la jovencita cubrió de flores sus cabellos y los muchachos de la isla comenzaron a dedicarle sus canciones y sus bailes.



El regreso de la paz

Y como siempre sucede luego de la tormenta, vientos de paz soplaron en la isla. Los jefes de tribu, reunidos, acordaron nombrar un jefe espiritual que tuviera también poderes temporales sobre sus súbditos. Este jefe fue llamado Hombre Pájaro y se hizo

cargo de poner fin a las matanzas, de restaurar la paz en la isla y de prohibir la caza y la pesca indiscriminadas con el fin de restablecer el equilibrio ecológico del lugar.

El jefe era elegido cada año y su elección era todo un suceso.



¿Pero, por qué Makarina no quería responder a tales requerimientos? ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Por qué, en vez de reunirse con sus amigos persistía en ese afán de pasarse horas sentada frente al mar, recitando versos a una tortuga? Ella, a la edad de su nieta, ya había elegido esposo y se preparaba a recibir a su primer hijo.

Hasta que llegó esa horrible tarde, cuando Hare, pálida y llorosa, se acercó a decirle:

—Makarina entró al mar y no ha vuelto a salir.

Ella, la abuela, no derramó una sola lágrima. Solo asintió con la cabeza y comenzó a esperar.

—¿Ha vuelto Makarina? —preguntaba cada mañana.

—No. No volverá. Convéncete, abuela: tu nieta está en el fondo del mar —repetía Hare, con la tristeza en los ojos.

Pasaron días, pasaron meses, pasaron tres años.

Y ahora Makarina, la nieta hermosa, la nieta más extraña y más querida, estaba otra vez en la isla.

Frente a ella, frente a todos.

Su cintura era más gruesa y su mirada más sombría. Pero seguía siendo bella. Y mientras todos esperaban en silencio su historia, ella, la abuela, sintió esta vez la humedad de las lágrimas.

El hombre pájaro

Cada año, en el mes de septiembre, una golondrina de mar, llamada en pascuense Manutara, llegaba a poner sus huevos al islote de Moto Nui a 1.600 metros de Orongo, en la punta sudoeste de Rapa Nui. Y cada año también se elegía al jefe que con el nombre de Tangata Manu —u Hombre Pájaro— debía reinar en la Isla de Pascua. Para llegar a serlo, debía conseguir el primer huevo de Manutara.

Los pretendientes a Hombre Pájaro se reunían todos los años en Orongo, un lugar mágico e impresionante en las laderas del volcán Rano Raraku, donde el silencio solo es interrumpido por el ruido de las olas y los gritos de las aves marinas; hacia su lado interior se abre el inmenso cráter del volcán, con sus lagunas verdes en las que se refleja el cielo. Los aspirantes —representantes de los distintos clanes— se hacían acompañar por una corte de jóvenes, entre los cuales un experto y valiente

nadador, servidor incondicional de su amo, debía arriesgar su vida en la empresa. Este era el Hopu. La misión de cada Hopu era sortear los numerosos peligros de una travesía entre embates del mar y hambrientos tiburones, para llegar al Motu Nui, islote en el cual el Manutara pondría sus huevos. Una vez llegado allí, comenzaba una atenta y silenciosa vigilia. Tenían que esperar la llegada de las aves muy cerca de las cuevas para ser los primeros en apoderarse del huevo sagrado. Cuando alguno de los valientes y abnegados Hopu lograba apoderarse del primer huevo del Manutara, saltaba sobre la roca más alta del islote y lanzaba un grito estridente que tenía que ser oído por su amo, que lo esperaba ansioso en Orongo. Desde ese momento su jefe era protegido de los dioses y se había convertido en el Hombre Pájaro o Tangata Manu, que debía gobernar a los pascuenses durante un año.



2

LO QUE RECUERDA NUKU

Nuku, esa tarde, instalado junto a los suyos alrededor del curanto, miraba en silencio a la joven mujer que, con un niño entre sus brazos, se aprestaba a contarles su historia.

Nuku cerró los ojos y comenzó a recordar.

Ninguna de las muchachas de entonces tenía los ojos tan vivos, la figura tan grácil y la risa tan clara como Makarina. Ninguna como ella dominaba las olas, y podía permanecer bajo el agua tanto

Preparando al jefe

En cuanto un hombre era nombrado Tangata Manu, debía afeitarse la cabeza, las cejas y las pestañas, y pintarse el cráneo de rojo; luego se ponía una corona o peluca de cabellos humanos, llamada Hauoho; se pintaba, además, el rostro de rojo y de negro, y, por último, se cambiaba de nombre tomando el del año que iba a empezar. La noticia de la elección era anunciada por medio de una hoguera encendida en la cumbre del Rano Raraku y daba lugar a una interminable fiesta.

Luego de las ceremonias rituales se formaba un cortejo constituido por todos los que habían encontrado huevos y que rodeaban al Tangata Manu, quien llevaba su

huevo sobre un trozo de corteza. La comitiva se paseaba por los alrededores cantando y bailando. La alegría llegaba a su fin cuando el Tangata Manu designaba uno, dos o tres hombres que debían ser inmolados para asegurar la prosperidad a su reino. Las víctimas eran llevadas hasta una gruta abierta por el mar, en plena rompiente de lava, llamada Ana Kai Tangata o Caverna de los antropófagos. Esta enorme caverna tenía su parte alta adornada con pájaros pintados en rojo y blanco, y a sus paredes llegaban a estrellarse las olas con un ruido atronador.

Se conocen 86 nombres de años-hombres pájaros y de sus hopu vencedores.



rato como los pescadores de respiración larga que buscaban langostas. Y nadie como ella recitaba historias de países lejanos, que brotaban de su imaginación en un segundo y cautivaban a su auditorio hasta que el sol se hundía en el horizonte. Ella narraba, además –y casi tan bien como los ancianos–, la historia de Uoke, el hombre inmenso que había construido una gran palanca para hundir y levantar todas las islas chicas y grandes del océano. Los amigos le pedían una y otra vez que repitiera la llegada de Uoke a Rapa Nui. Entonces Makarina levantaba una mano, como para pedir silencio a los pájaros, y luego su voz se hacía confidente:

–El abuelo del abuelo le contó a la abuela de la abuela que ese hombre llegó caminando por el mar y que el agua le llegaba apenas a la cintura. Y que antes de tocar la isla, hundió la palanca en el océano y trató de levantarla desde su nacimiento.



Fin de la fiesta

Terminados los festejos, el Tangata Manu se retiraba por un año a una casa construida especialmente para él en las canchas del Rano Raraku, en el mismo lugar donde los antiguos pascuenses, durante tantos siglos, habían tallado sus estatuas. Un poco más abajo de su habitación, se encontraba el ahu destinado de antemano a sus

funerales y en el que sería depositado su cuerpo sin vida junto con su huevo, sus lanzas de obsidiana y sus anzuelos de pesca.

Durante cinco meses, el Tangata Manu permanecía solo, sin recibir visitas ni siquiera de su mujer o de sus hijos.

El año 1886 se terminó en la isla con la tradición del Tangata Manu.

—¡Sigue, sigue! —pedían todos.

—Entonces se escuchó un estruendo, como si el volcán hubiera empezado a vomitar su fuego. Pero solo era la palanca de Uoke, que se había quebrado al tratar de levantar la isla. ¡Así de dura es nuestra tierra! —terminaba diciendo siempre, con un temblor en la voz.

También Nuku recordaba cuando, sentada entre ellos y con los ojos brillantes, Makarina se apresuraba a jugar al kai-kai. Sus dedos largos y ágiles esperaban nerviosos su turno. Y cuando este llegaba, la joven fruncía el ceño y se concentraba en la figura de cordeles entrelazados que le presentaba, cantando, su contendor:

—Te presento a mi pez:

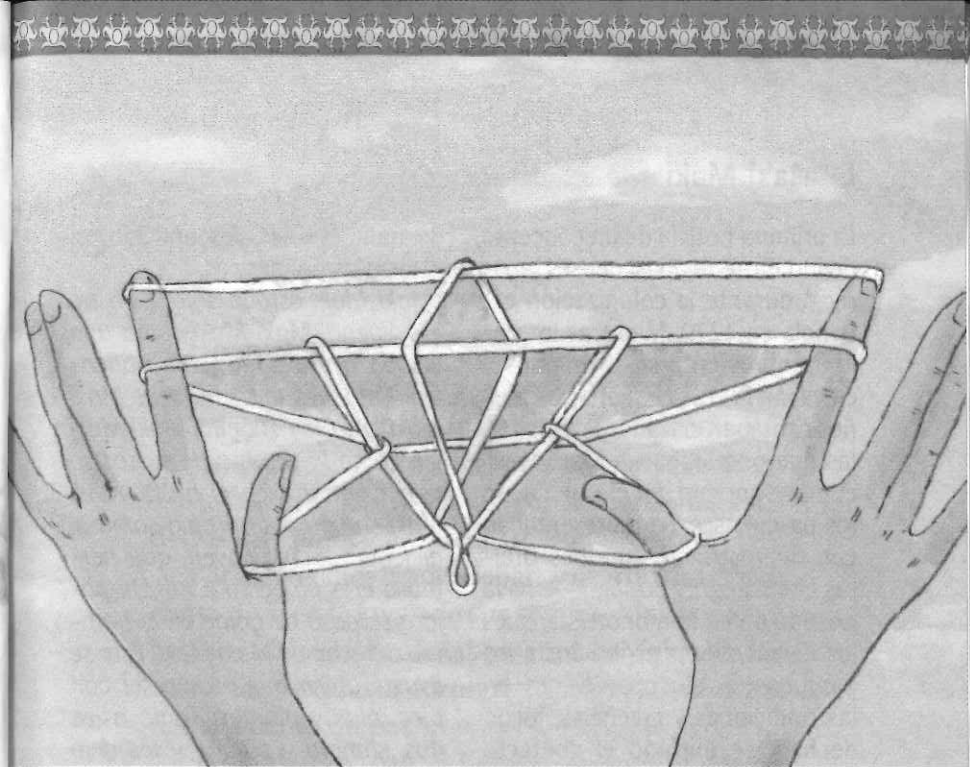
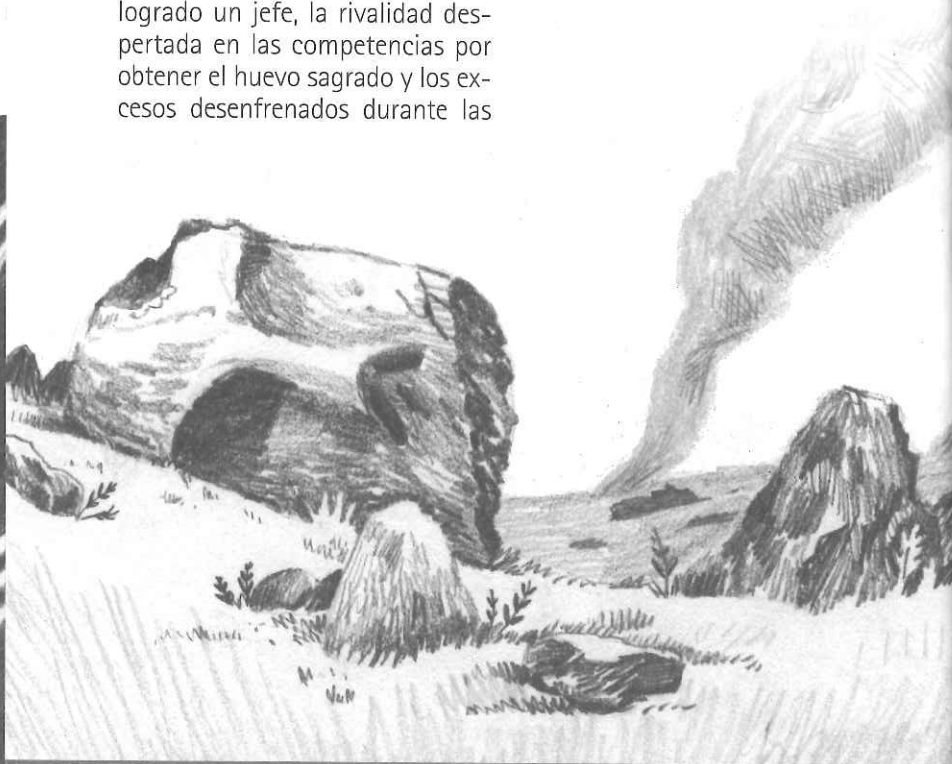
cógelolo, Makarina, y juega a tu vez.



La decadencia

Según Sebastián Englert, —sacerdote capuchino, misionero e investigador de la isla por más de treinta años— el culto exagerado de los Tangata Manu pudo haber iniciado la decadencia de la cultura pascuense. Las guerras entre las tribus resentidas por no haber logrado un jefe, la rivalidad despertada en las competencias por obtener el huevo sagrado y los excesos desenfrenados durante las

fiestas de celebración, fueron minando la autoridad real. Las guerras entre clanes se hicieron cada vez más frecuentes, las estatuas siguieron cayendo de sus sitios, las tumbas profanadas y la familia de los vencidos vivía presa de la venganza y el exterminio.



Un silencio seguía a la rima. ¿Lograría Makarina formar, como de costumbre, una tortuga? Miraban atentos cómo ella abría el pulgar y el índice de ambas manos y, ladeando un poco la cabeza, los introducía por las redes de hilo que formaban las aletas de un pez; luego, los diez dedos se estiraban y, como por arte de magia, aparecía una tortuga con sus cuatro patitas y una cabeza triangular. Entonces era ella la que entonaba con mirada picaresca y voz dulce:

El Maki Maki

La primera noticia de un concepto divino entre los pascuenses, apareció durante la colonización española en 1770. Mientras los colonizadores entonaban himnos y elevaban la cruz cristiana, los isleños cantaban extrañas letanías en las que nombraban a Maki Maki, el dios supremo, en el que creían los pascuenses. Lo representaban con un rostro de enormes órbitas circulares. Es posible que haya existido un culto monoteísta, pues los demás dioses atribuidos a los pascuenses solo aparecieron en las tradiciones y creencias, luego de haberse iniciado el contacto con las posteriores inmigraciones polinésicas. En cambio, Maki Maki, el dios creador, presente en las más antiguas tradiciones

de Rapa Nui, es desconocido en otras islas polinésicas.

"Maki Maki estaba solo. Esto no era bueno. Maki Maki tomó una calabaza con agua y miró adentro. Entonces la sombra de Maki Maki entró en el agua. Maki Maki vio cómo la sombra de su rostro había entrado en el agua. Maki Maki saludó a su propia sombra, diciendo: ¡Salve, joven, qué hermoso eres parecido a mí! Un pájaro se posó de golpe en el hombro derecho de Maki Maki. Éste se asustó al ver que era un ser con pico, alas y plumas. Tomó a los dos, sombra y pájaro, y los dejó juntos". Este es parte del mito que se encuentra en los petroglifos de Orongo y que se considera una obra del dios.

*—¿Quién quiere ahora jugar
con mi hermosa tortuga de mar?*

Un murmullo de admiración recorría el aire. ¡Siempre lo lograba! No importaba cuál fuese la figura que tenía que transformar. En un instante, peces, pájaros, gallinas o botes se convertían en tortuga con solo un par de contorsiones de esos dedos que parecían poseer un don extraño.

Por eso muchos la admiraban, y muchos la habían convertido en la joven de sus sueños. Makarina era hermosa, Makarina contaba historias, Makarina los maravillaba con sus tortugas de cordel, Makarina nadaba como un pez.

Sin embargo, con el tiempo, se fueron dando cuenta de que Makarina era también extraña. Ciertos días, y sin que nadie supiera por qué, la joven rehuía a sus amigos y se iba al lugar más alejado de la playa, allí donde solo las rocas pisaban el agua. Y poco a poco esa costumbre se fue haciendo habitual.

¿Quién podía entender a Makarina? ¿Qué pasaba por su cabeza? A su edad, las otras muchachas se buscaban entre sí para contarse sus secretos. En cambio, a ella le bastaba el mar. Nuku recordaba haberla visto largas horas sentada



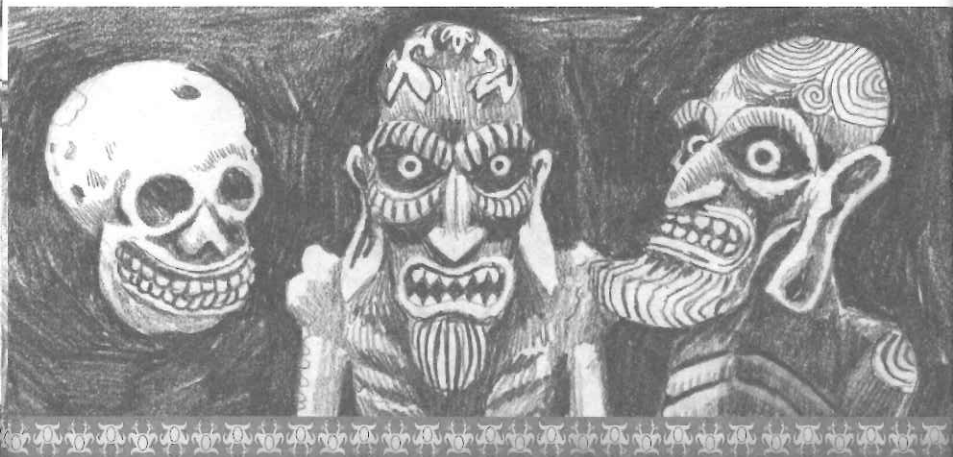
Los espíritus de la noche o Aku Aku

Los pascuenses creían en la inmortalidad del alma. Esta partía después de la muerte hacia un país donde sería feliz, si en la tierra había sido observante de los tapú o tabú. Esta felicidad consistía en tener muchos vestidos hermosos, una alimentación abundante y mujeres bonitas. Cuando los hombres no habían respetado los tapú en la tierra, sus almas se transformaban en Aku Aku, especie de espectro dañino que se ocultaba en las grutas de las rompientes y que se dedicaba a atormentar a los suyos durante el sueño o cuando se sumergían en el agua.

Para alejar a los Aku Aku de sus cabañas, los pascuenses ponían al lado de la puerta un lagarto con forma de hombre. También se los ahuyentaba con una luz encendida frente a la choza o dejando figuras de madera o de piedra que representaban a los difuntos. Los Aku Aku salían a deambular por las noches, adoptando terribles formas, cometiendo fechorías o atemorizando a los vivos. Había algunos Aku Aku de carácter festivo, tal vez pecadores de tapú menores, que, aparte de atemorizar, también cometían algunas acciones loables con sus familias.

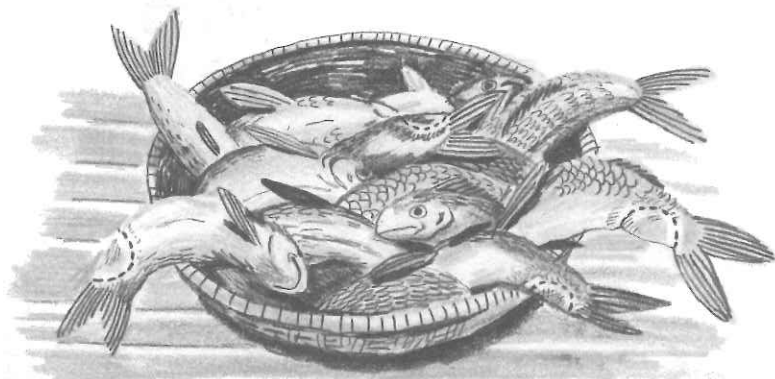
en una roca, con los ojos perdidos, sonriendo a veces, murmurando a solas y zambulléndose de súbito entre las aguas transparentes, como si alguien la hubiera llamado.

Él, entonces un muchacho fornido y risueño, que había soñado con Makarina desde el primer día en que la vio con flores entre sus cabellos, no terminaba de entenderla.



Prohibiciones sagradas

- Una mujer cuando nace su primer hijo no debe comer encima de él, lo deja al lado mientras está comiendo. Si no lo hace así, el niño se caerá o se quemará en el fuego.
- Cuando el hijo baja al mar a pescar, debe mascar con sus dientes las colas de sus peces al meterlos en el canasto para que se conozcan y no se mezclen con los del padre. Son solamente los peces del marido los que puede comer la madre. Si la madre no come cosas de las manos de su hijo, este tendrá éxito en sus trabajos, no sufrirá quemaduras y no dejará de sacar peces.
- En la infancia de un niño no se le debe acercar un canasto: hay que colgarlos para que sus pequeñas manos no los alcancen.
- El que maneja la red en la pesca de atunes, no debe comer atunes ni tripas de atún ni debe meter atunes en su canasto. Tampoco debe comer atún de su propia pesca para que no se queme la cara de los pescadores.



La seguía cuando ella emprendía sus caminatas hacia el mar. Agazapado entre las rocas, observaba sus gestos, escuchaba sus murmullos y la veía extender los brazos hacia las olas. Y sentía unos celos terribles de ese mundo invisible que apasionaba a la joven y que él no podía compartir.

Hasta que un día todo cambió.

—¿Te acompaño hasta la orilla, Makarina? —le había preguntado, saliéndole al paso, cuando ella bajaba por el sendero orillado de plantas.

Makarina se detuvo, lo miró largamente y sus labios esbozaron una sonrisa que a Nuku le pareció invitadora. Sintió que su corazón daba un salto de pez en su pecho y, en un impulso, cogió la mano de la muchacha y la llevó a sus labios.



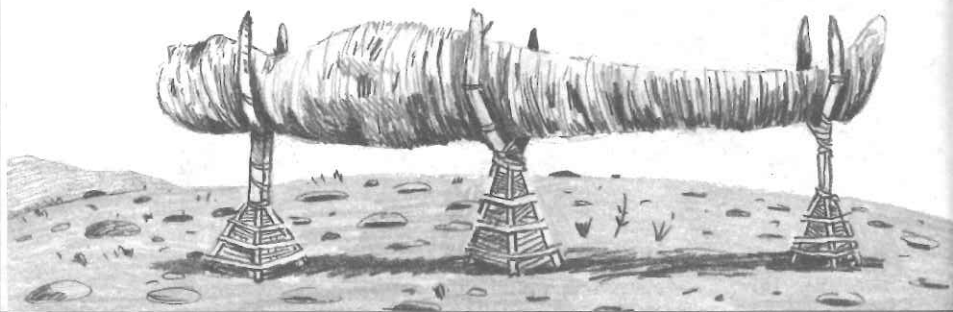
Ceremonias mortuorias

Antes de la llegada del cristianismo, las ceremonias funerarias tenían una gran importancia. El cadáver era envuelto en telas de tapa de mahute o en esteras fabricadas con totora seca amarrado con cuerdas de hau-hau. Luego lo transportaban en medio de cantos lastimeros y llantos, a alguno de los grandes santuarios o ahu que se levantaban a manera de mausoleos a lo largo de la costa.

El cuerpo era colocado en angarillas hechas con madera de toromiro o de makoi y dejado allí a la intemperie durante semanas, meses o años. El cadáver se descomponía lentamente bajo el

sol, el viento, la lluvia y la espuma salada del mar. En ese tiempo no había aves de rapiña en la isla; estas llegaron mucho más tarde, traídas por los europeos desde el continente para combatir plagas de insectos.

Cuando el cuerpo quedaba reducido al puro esqueleto, se procedía a la ceremonia de entierro, guardándolo en urnas de piedra o avanga, que todavía se encuentran en las vecindades de los ahu. Pero no es seguro que todos los huesos fueran sepultados; parece que, por lo general, solo se enterraba el cráneo y el resto era incinerado.



La reacción de Makarina fue inesperada: dio un grito agudo y lo empujó con fuerza, alejándolo de su lado. Luego emprendió una carrera que no se detuvo hasta llegar al mar. Desde lo alto, Nuku vio cómo la joven se desprendía de su pareo, avanzaba y se hundía bajo las aguas transparentes.

Nuku aún recuerda cómo la rabia se agolpó en sus ojos y corrió por su rostro convertida en lágrimas. Y juró no volver a acercarse más a esa niña extraña que quería más al mar que a los hombres. Desde ese día la contempló de lejos, tratando de dominar sus sentimientos. Y, casi por despecho, buscó compañía en la complaciente Raharoa, que supo muy bien cómo consolarlo.

Cráneos de reyes

Cuando un rey o ariki moría, lo sepultaban en un nicho. Cuando el cadáver se secaba, uno de sus descendientes abría el nicho, sacaba el cráneo y se lo llevaba furtivamente a su casa. Una vez allí tallaba sobre él la figura de un atún o de otro pez. Los cráneos de los reyes servían para que se

reprodujeran las aves. Así, cuando a alguien le faltaban gallinas, pedía prestado un cráneo real; si el poseedor era buena persona, se lo prestaba. Entonces se lo llevaba a su hogar y las gallinas comenzaban de inmediato a poner huevos, de los que salían muchos pollitos.



Por eso que cuando, tiempo después, Makarina desapareció de la isla, a Nuku no le pareció extraño ni le importó demasiado. "Ella era un pez y no una mujer", se dijo. Y la imaginó en el fondo del mar, con el pelo flotando y los ojos muy abiertos, buscando a su famosa tortuga. Luego, la imagen se desvaneció y borró a la joven de su mente.

Pasaron días, pasaron meses, pasaron tres años.

Y ahora Makarina, la joven bonita, estaba otra vez en la isla.

Frente a él, frente a todos.

Su cintura era más gruesa y su mirada más sombría. Pero seguía siendo bella. Al verla, su corazón ya no daba saltos de pez, ni se entristecía al recordar su indiferencia. Solo un sentimiento dulce, que le costaba explicar, le nacía al mirarla.



El matrimonio: a comer pollo

En el compromiso de matrimonio los personajes más importantes eran el suegro, hungavai; y el yerno, hunonga. El suegro repartía el curanto, que se llamaba umutakapú y que consistía en varios centenares de pollos. Había cantos, bailes y música interpretada por flautas de caña, sonajeros de

huesos y quijadas de caballo. Se pronunciaban discursos en los cuales se destacaba la belleza de la novia, uka, comparándola con las flores; también se ensalzaba la fidelidad del novio, repa, que la había cortejado durante un largo tiempo antes de llegar a la unión.



Y mientras Makarina acunaba a su hijo entre sus brazos, el sol de la tarde iluminó su rostro y sus ojos brillaron como siempre lo habían hecho antes de comenzar a contar un cuento.

Pero esta vez Makarina, la joven bella, narraría su propia historia.

Reimiros, Taonga, Ua, Honu, Kava Kava

Llamó mucho la atención de los europeos la extraordinaria y variada talla en madera que se confeccionaba en Rapa Nui, una isla que durante 1.500 años estuvo despoblada de árboles. Una de las teorías, poco creíble por la inmensa distancia que está la isla de otros lugares, dice que mucha de la madera usada en esculturas y tabletas talladas fue llevada por la corriente marina y arrojada a la costa.

También llama la atención la perfección de las figuras, si se piensa que los utensilios usados para el trabajo artístico tienen que haber sido los dientes de tiburón, los colmillos de roedores, la piel de rayas marinas o las piedras corallíferas.

La madera tiene en los pueblos primitivos un cierto poder oculto. En ella está oculta la fuerza de la naturaleza y es evidente que en Isla de Pascua tiene un significado religioso.

Entre las figuras más conocidas están los reimiros, que son figuras en forma de luna nueva, termina-

dos en sus extremos por cabecitas de barbas aguzadas que representaban al Aku Aku o al Ariki.

Otra figura es el taonga, objeto en forma de huevo o de fruto de nuez de coco, con la cabeza de un ave o de un hombre. El taonga se usaba colgado como adorno del cuello. También tallaban bastones de mando; los más famosos eran los ua, especie de grandes remos con un mango en forma de cabeza humana de dos caras, con ojos muy abiertos y pupilas de obsidiana. Los ua más grandes llegaban a medir 1,66 metros, la altura de un hombre.

Otras representaciones en madera son las tortugas, honu, que se suelen tallar con una muchacha sentada en su caparazón, como reminiscencia de la antigua leyenda de Uho.

Pero la figura más típica de la talla en madera es la del moai Kava Kava, representación de los Aku Aku o espíritus del otro mundo. Hay de distintos tamaños, que van desde pequeñísimas figuras que caben en el hueco de la mano,

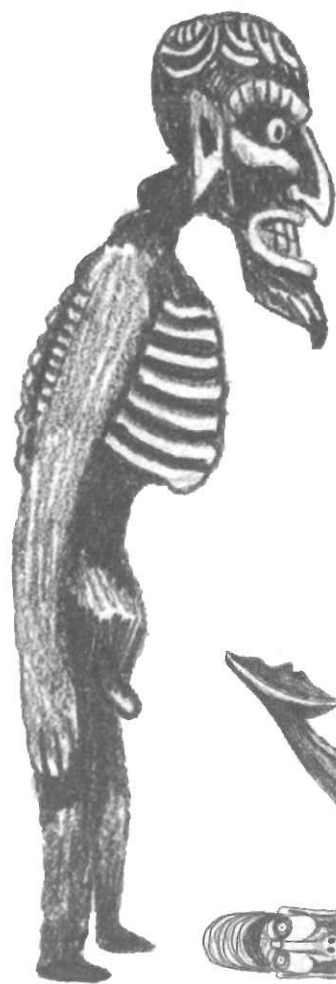


3

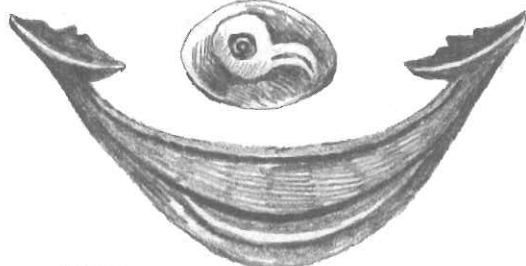
LO QUE CUENTA MAKARINA

Cuando Makarina terminó de amamantar al niño que tenía entre sus brazos, levantó la cabeza y paseó su mirada entre los que esperaban por sus palabras.

—¿Recuerdan que cuando yo era pequeña me gustaba inventar historias? Cada vez que iba a la playa, me sentaba en una roca frente al mar y comenzaba a imaginar cosas. Imaginaba que más allá de las olas existía otra isla, aún más linda que la nuestra, donde los árboles y las flores crecían



hasta otras gigantes hechas con enormes troncos. Las figuras representadas tienen vientres hundidos, costillas prominentes, troncos largos y extremidades cortas con pies pequeños. Los rostros son afilados y los ojos muy grandes, con pupilas de obsidiana; las orejas son largas y puntiagudas y los órganos sexuales son pequeños, pero trazados con gran realismo.

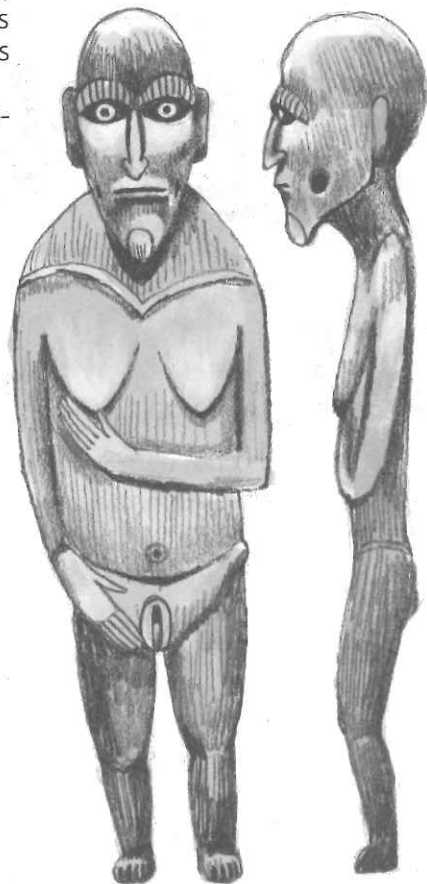


enormes. Tan enormes, que llegaban a formar un techo de sombras bajo el cual uno podía cobijarse cuando caía la lluvia; tan espeso, que los rayos del sol no podían traspasarlo. En esa isla vivía también un joven hermoso y valiente. Él era rey de esa isla y estaba en espera de una mujer nacida de la espuma del mar. Tanto imaginaba yo eso, que comencé a hablarle a ese joven en voz alta. Le decía que era yo la niña que había nacido de la espuma, puesto que yo, como nadie, conocía los secretos de las olas y del fondo del mar.

Los moai femeninos

Las figuras de moais de sexo femenino son muy antiguas y bastante escasas. No presentan costillas prominentes como las otras figuras, sino que aplanadas, con los pechos colgantes y casi sin curvas. Algunas tienen dos cabezas.

El nombre general de estas esculturas femeninas es moai papa'a.



Esas solitarias conversaciones eran asistidas por una tortuga enorme, que había anidado bajo una roca al extremo de la playa. La tortuga conocía mi voz, y cada vez que yo comenzaba a hablar o a entonar canciones, ella se arrastraba lentamente hacia mí, se detenía bajo mis pies y levantaba su cabeza como si me escuchara.

Así fui creciendo entre mis ensoñaciones, frente a ese mar que me llamaba, a veces con furia, a veces con calma, mientras aumentaba la imagen del bello rey, que solo a mí esperaba.

Durante todos esos años la gran tortuga fue la única que supo de mis secretos. Y esos momentos pasados al borde de las aguas se convirtieron en lo más importante de mis días. Las conversaciones de mis amigas dejaron de interesarme y cuando embellecía mis cabellos adornándolos con flores, no lo hacía para los muchachos de la isla, sino que para mi lejano rey.

Y sucedió que una tarde, luego de un largo baño, al salir del agua no encontré mi túnica. Desesperada, la busqué entre las rocas, pensando que el viento me la podía haber arrebatado, pero no la vi por ninguna parte. El lugar estaba desierto y era imposible que alguien hubiera llegado hasta allí. En eso apareció la tortuga.

Vistiéndose con pinturas

Desde que arribaron los primeros europeos a la Isla de Pascua, quedaron admirados por los tatuajes en los cuerpos y rostros de los isleños. El tatuaje recibía el nombre general de takona, pero tenía una denominación especial para cada parte del cuerpo en que se aplicaba.

El tatuaje para los pascuenses constituía en realidad un vestuario. Como hacía mucho calor, no necesitaban abrigarse con ropa: la mayoría de los indígenas a la llegada de los españoles andaba desnudo. Solo algunos usaban taparrabos hechos de tela o de

mahute, sujetos a la cintura por un cordón de fibra o por cabellos humanos trenzados. En contraste con la escasez de vestidos, había gran variedad de sombreros y adornos para la cabeza. Los hombres usaban una especie de corona con plumas blancas y las mujeres, un sombrero triangular con colgajos de semillas en los bordes. También lucían collares de distintas conchas marinas.

Muchos hombres importantes se hacían tatuar en sus cuerpos las insignias de mando, como cetos o bastones, o la figura del Tangata Manu u Hombre Pájaro.

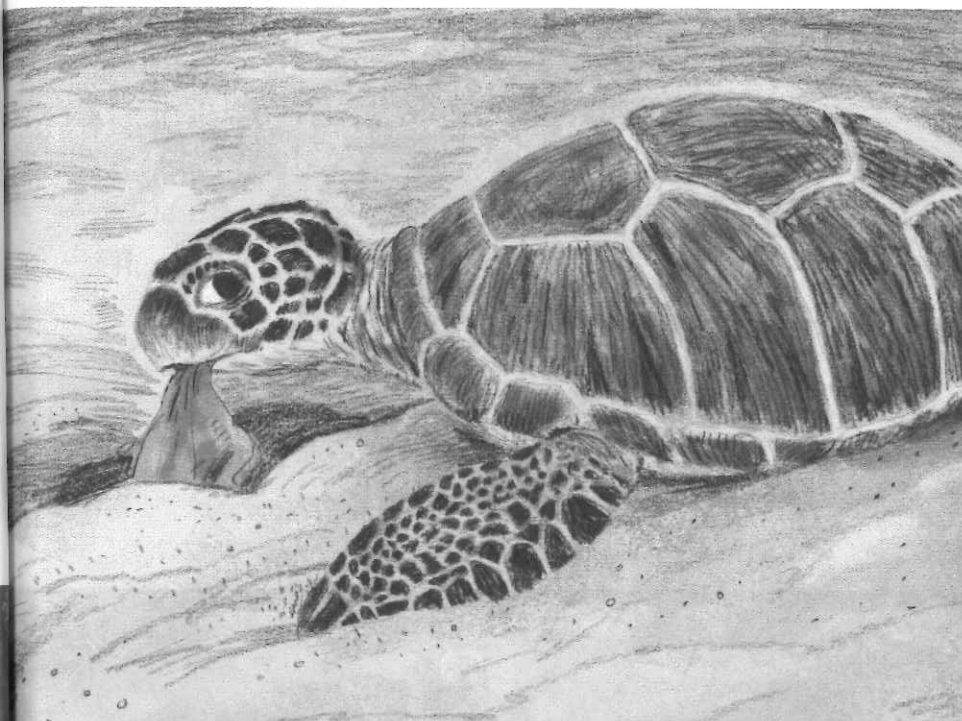


—¡Tú has estado aquí todo el tiempo, tienes que saber dónde está mi túnica! —le dije, impaciente.

Y ante mis ojos asombrados, la vi escarbar en la arena con sus patas, hasta que apareció la punta roja de mi túnica. La tironeó con su hocico y la arrastró hacia el mar.

No reaccioné hasta que la tortuga se hundió bajo las olas y junto con ella mi atavío.

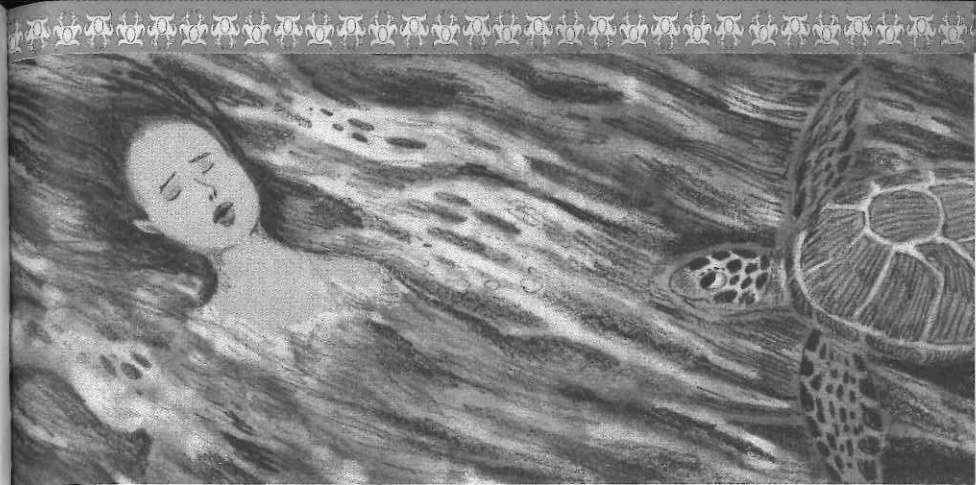
—¡Devuélvemela! —le grité, al tiempo que me lanzaba al agua tras ella.



Para tatuar: agujas de hueso o espinas de pescado

Para ejecutar el tatuaje se valían de una aguja de hueso humano o una espina de pescado de 3 a 7 cm de largo, llamada iuhi. Con esta inyectaban bajo la piel el polvo de hojas carbonizadas de una planta: la planta de ti. Los colores se obtenían de distintas maneras. La

fuelle principal de teñido era una tierra de color rojizo llamada kiea, de las que existen varias minas en diversas partes de la isla. La disolvían con jugo de hierbas hasta formar una masa consistente que guardaban en calabazas colgadas en los techos de las cuevas.



Pero la tortuga, una vez en el mar, a pesar de su tamaño, fue más rápida que un pez. Emergió tras la ola grande con la punta de la tela aún entre su boca. Luego volvió a hundirse. La seguí. Ella reapareció más lejos, entre la espuma, y yo seguí tras ella. El juego se repitió muchas veces, hasta que llegó un momento en que el cansancio me venció. Quise volver, pero estaba a mucha distancia de la orilla: había nadado aún más allá de donde calan los pescadores y sus botes.

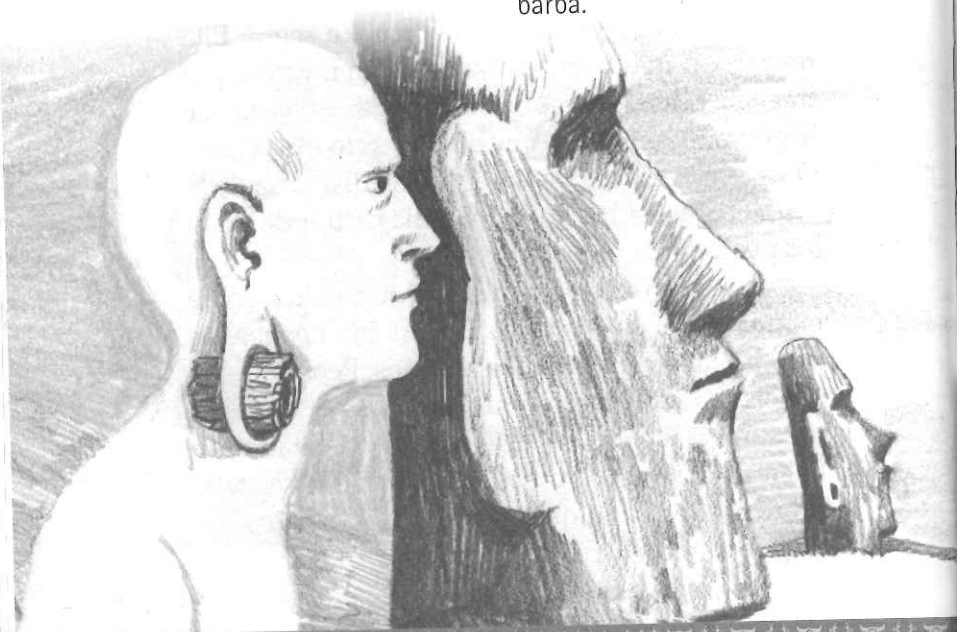
Me costaba respirar y me tendí de espaldas sobre el mar oscuro y revuelto. El agua me llenaba las narices, las orejas y velaba mis ojos. Pensé que no soportaría mucho tiempo así. Fue entonces cuando me sentí alzada sobre las olas y transportada con ligereza, como si fuera en una embarcación. ¡Estaba sobre el caparazón de la tortuga!

¡Me sentí a salvo!

Para ser más bellos: orejas largas y lampiños

Los pascuenses tenían la costumbre de alargarse los pabellones de las orejas. Para esto perforaban sus lóbulos desde muy pequeños y paulatinamente iban agrandando los orificios con punzones de madera, hasta llegar a colocar dentro de ellos rollos de corteza de árbol, que actuaban como resortes y continuaban la dilatación de la piel y el alargamiento de los

lóbulos hasta que estos llegaban a la altura de los hombros. Los hombres también acostumbraban a depilarse, arrancándose los pelos de la barba con una pasta de tierra pegajosa que les servía de cera depilatoria y se afeitaban los pelos del cuerpo, de la cabeza, de las pestañas y de las cejas con afilados cuchillos de obsidiana. Solo algunos altos dignatarios se dejaban crecer la barba.



Se hizo de noche y la tortuga seguía nadando y yo sobre ella, agarrada con ambas manos a su grueso caparazón. Creo que me dormí, no lo sé bien; pero cuando abrí los ojos amanecía y una franja de tierra blanca nacía del horizonte. Recuerdo haberme sentado a horcajadas sobre la tortuga para mirar bien. ¡Esa no era Rapa Nui! ¡Esas no eran las costas rocosas que yo conocía! ¡No se perfilaba la cima del Ranu Raraku!



Casa bote y almohadas de piedra

Las casas tenían forma de botes invertidos y se llamaban hare paenga.

Estaban cimentadas sobre piedras, sus paredes eran una ingeniosa armazón de palos o cañas de bambú y el techo era fabricado con totora u hojas de caña de azúcar. Se entraba a ellas por una abertura lateral, por la que había que acceder arrastrándose. Sobre la entrada colgaban las figuras simbólicas de los Aku Aku o espíritus tutelares. Los exteriores del hare paenga estaban pavimentados con piedras lisas a manera de terrazas. Su interior era oscuro y se vivía en estrecha promiscuidad. Las usaban más que nada para dormir y guarecerse de la lluvia.

También en el pasado habitaron las numerosas cavernas que existen en la isla. Se han encontrado en ellas restos de fogones de pie-

dra, que constituían el centro de la vida familiar en el interior de esos refugios.

Otro tipo interesante de construcción es el de las cuevas artificiales de Orongo. Estaban construidas en piedra laja y eran viviendas temporales usadas por los acompañantes del Tangata Manu, una vez al año.

El menaje consistía en esteras de totora que servían de lecho y en esteras tejidas con fibra de mahute, que servían como cobertores. De almohada usaban una piedra lisa que recibía el nombre de turúa. Otros objetos de uso doméstico eran unas calabazas secas, huecas, llamadas ipu, que se destinaban a conservar alimentos o materias colorantes para los tatuajes. También tenían canastos de totora y variados implementos de pesca.

Otra vez sentí miedo y frío. Y la tortuga, como si lo adivinara, volvió su cabeza hacia mí y luego apuró el ritmo de su nado.

Lo que antes era solo una franja blanca se había convertido en una enorme extensión verde. Poco a poco fueron apareciendo en el cielo pájaros de colores que yo no conocía y que chillaban sobre nuestras cabezas. Y cuando la última ola nos arrojó sobre la arena de la playa, un grupo de hombres y mujeres, vestidos con ropas que brillaban, avanzaron hacia nosotros y nos rodearon. Entre ellos, y con un tocado de plumas cubriendo su coronilla, me miraba el rey de mis sueños.

¡Me miraba el rey de mis sueños!

Avanzó hacia mí, extendió su mano y me tocó el cabello mojado. Su boca se ensanchó con una sonrisa y sus dientes resplandecieron como la luna cuando me dijo:

—Soy Mahuna Te Raá y te he esperado durante mucho tiempo.

Pesca con volantines

Los pascuenses, como todo pueblo marítimo, eran expertos en las faenas de la pesca. Para esto tenían diversos tipos de embarcaciones; algunas de gran tamaño, movidas por remos, y otras pequeñas, que eran tripuladas en forma muy especial: los navegantes se montaban sobre sus cascotes como si estos fueran caballitos, con las piernas en el agua y usando las manos como remos.

Los isleños alcanzaron un alto grado de perfeccionamiento en la fabricación de redes y anzuelos. Estos últimos eran tallados en piedra, en huesos o en espigas, y hoy son exhibidos en museos como piezas extraordinarias en el arte del tallado y del pulido. Una forma muy original de pesca es la llamada manuhakerere o de volantín, en la que elevaban una cometa hecha de liviana corteza

de mahute, en cuya cola pendía el anzuelo amarrado a otra lienza. Así, el manuhakerere se mantenía durante mucho tiempo sobre los sitios elegidos, lejos de los botes. También eran expertos en capturar anguilas con lazo o en pescar a nado llevando una red en forma de cucurucho alargado. En cuanto a la pesca de langostas, esta se hace por la noche y se conoce con el nombre de puji. Este tipo de pesca es un espectáculo de gran colorido, porque se realiza en la noche a la luz de antorchas y participan las mujeres en la recolección de caracoles, pequeños pulpos y algas que servirán de carnada.

Los pascuenses son también grandes buceadores y pescadores de profundidad, llegando a sumergirse por más de 20 minutos sin ningún tipo de escafandra ni otro tipo de protección.



4

HIVA, LA ISLA DE LOS SUEÑOS

Tres mujeres avanzaron hacia mí y cubrieron mi cuerpo entumecido con una tela tan suave como las plumas de un ave. Luego me condujeron hacia una habitación hecha con piedras y cuyos techos eran altos como el más alto de los árboles de Hiva. Mahuna Te Raá entró tras de mí.

Creí que todo lo que me estaba sucediendo era otro de mis sueños. O quizás me había muerto. O quizás estaba enferma en mi hogar de Rapa Nui, con esas fiebres que de pequeña me hacían ver a los Aku Aku volando alrededor mío.

El delicioso umu

En general, los pascuenses comen sin horario fijo: o cuando tienen hambre o cuando tienen qué comer, y en esas ocasiones ingieren grandes cantidades de alimentos. La comida de la isla es el umu, que equivale al curanto de los mapuches. Se hace un hoyo en el suelo de unos 60 u 80 cm de profundidad y se pone adentro leña seca sobre la que se colocan piedras y se hace fuego hasta que la leña se consume y las piedras queden al rojo. Luego se cubren las piedras

con hojas de plátano o de higuera, sobre las que se colocan los alimentos crudos, empezando por las carnes rojas, que son las de más larga cocción; luego se vuelven a poner hojas y sobre ellas trozos de ave, pescado y langosta, y tras una nueva capa de hojas se colocan los vegetales: camote, kumara, taro, ñame, choclos y raíces de ti. Todo esto se tapa de nuevo con hojas de plátanos, un paño mojado, un saco grueso y tierra. En dos horas el umu está listo.



Entonces Mahuna Te Raá cogió una de mis manos. Yo no la retiré.

—Estaba escrito que tú llegarías. La tortuga salió en tu búsqueda hace muchos días y muchas noches. En ella vive uno de mis espíritus protectores, encargado de traer hasta mí a la madre de mis hijos. He preparado este hogar para nosotros y te convertirás en mi esposa y en mi reina.

Yo solo asentí con la cabeza. En un instante mi isla, mis padres, mi abuela, todo se desvaneció de mi memoria y solo tuve ojos para mi futuro esposo.

La ceremonia de matrimonio se celebró el primer día de luna llena. Y durante una semana la isla se llenó de cantos, bailes, aromas, juegos, risas y comidas.

Pintaron mi cuerpo con los colores del pájaro taiko, y el cuerpo de mi esposo con los colores del pájaro kiakia. Una túnica roja envolvió mi cintura y llenaron mi pecho de flores. Mi esposo, ataviado con plumas, lucía como el hombre más hermoso de la tierra. Sostuvieron sobre nuestras cabezas un arco de ramas verdes y, cuando traspasamos su umbral, se dio comienzo al banquete:

—Que tengas suerte, oh, nuera, y que sea numerosa tu familia —me dijo mi suegra, ofreciéndome un ñame.

Los juegos: el ngru, el pe'i, el kai kai

El ngru era el principal deporte de los pascuenses y corresponde al *bodysurf* practicado en toda la Polinesia. Los pascuenses llegaron a practicarlo sin tabla, solo sobre el pecho desnudo, y hasta los niños más pequeños se deslizaban sobre las olas montados sobre pequeños caballitos de totora.

En el interior de la isla se jugaba al pe'i, que consistía en deslizarse sobre grandes hojas de plátano por la falda de los montes. Aún hoy se ven las huellas que dejó este juego en los faldeos de algunas colinas.

Los pascuenses también conocieron el trompo de madera y los volantines que construían con trozos de corteza de plátanos. Los trompos eran manufacturados con nueces de sándalo, y mientras los hacían girar, los niños recitaban: "¡Gira, cáscara de sándalo, quédate derecho. Maderito malo, da rápidas vueltas, nuez de la tierra de volcán tan ancho!"

El más ingenioso de los juegos practicados, y que persiste hasta hoy, es el de hacer distintas figuras con un cordel que se enlaza en los

dedos de las manos. La variedad de figuras que se ha ido transmitiendo desde la antigüedad es enorme y su factura va acompañada de cantos y versos ingeniosos. En Rapa Nui este juego, al que llaman Kai Kai, llegó a tal perfección, que hasta podían construir figuras que imitaban a regiones geográficas de la isla.

Los jóvenes pascuenses también jugaban a la guerra, pero este no solo era un juego, sino que una especie de servicio militar obligatorio. Utilizaban armas de materiales blandos, flechas despuntadas y mazos de madero y jamás piedras y puntas de obsidiana, como lo hacían en caso de guerra. Estos juegos-entrenamientos eran dirigidos por ancianos y guerreros que llevaban como distintivo sombreros altos hechos de totora y coronados por plumas de ave. Los padres y abuelos observaban el ejercicio desde algunas elevaciones del terreno. Pero, aunque solo usaban armas de materiales blandos, muchos de estos jóvenes aprendices terminaban heridos.

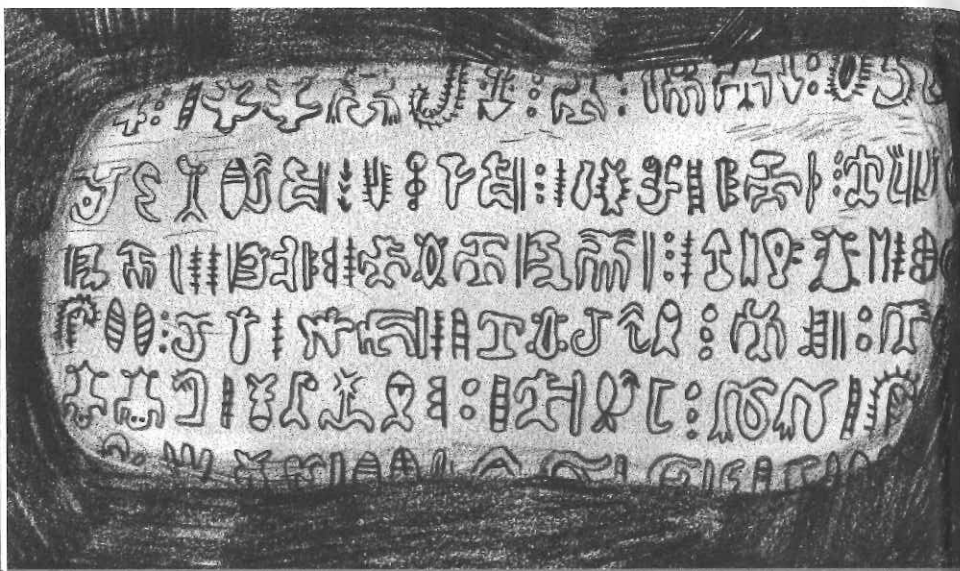
En ese momento, no lo olvidaré, una bandada de golondrinas de mar revoloteó sobre nuestras cabezas. Ya los pocos instantes una ráfaga de viento trajo hasta mis manos una pluma negra. Entre la bebida y los cantos, nadie se dio cuenta, pero yo sentí que un escalofrío recorría mi espalda y por primera vez, en muchos días, la imagen de Rapa Nui volvió a mi mente. ¿Qué mal presagiaba esa pluma negra en el día de mis esponsales?



Las tablillas de Rongo Rongo: un enigma aún

Los antiguos pascuenses fueron los únicos habitantes de la Polinesia en tener una escritura. Pero hasta el día de hoy nadie ha podido descifrarla. Los caracteres estaban grabados sobre trozos de madera —las tablillas Rongo Rongo— que se conservan hoy repartidas en diferentes museos de todo el mundo, sin que nadie aún pueda adivinar sus secretos. En el año 1860 casi toda la población de la isla fue llevada como

esclavos al Perú. Entre los deportados estaban el rey, los iniciados y los especialistas en Rongo Rongo. Pero todos ellos murieron lejos de la isla llevándose el secreto. Desde entonces, nadie supo ya leer ni escribir los caracteres. Además, la mayoría de las tablillas fueron quemadas o se perdieron. Las 21 que se conservan hoy fueron salvadas por Tepano Haussen, obispo de Tahití, de quien dependía en ese momento la Isla de Pascua.



Los días y las noches que siguieron fueron de completa felicidad. Yo amaba a mi esposo y él me amaba a mí como las olas aman la arena. Y no pasó mucho tiempo antes de que sintiera que mi vientre se movía con vida.

Cuando nació mi hijo, los más ancianos y sabios de ese lugar le presagiaron siete buenos augurios: sería sano, sería fuerte, sería sabio, sería bondadoso, sería prudente, sería valiente y sería rey de un lugar donde el humo coronara el cielo.

Todos quedaron pensativos frente a esta última predicción. Y recuerdo que mi esposo Mahuna Te Raá, al escucharla, se acercó a mí y me dijo, con profunda tristeza:

—No será en Hiva donde reine nuestro hijo.

Una mañana, cuando el sol parecía incendiar las copas de los frondosos árboles que había en Hiva, mi esposo apareció frente a mí con una lienza en cuyo extremo brillaba el anzuelo de piedra pulimentada.

—Me voy de pesca —me dijo.

Y sus ojos, como la tierra negra del interior de la isla, me miraron por última vez.

Mahuna Te Raá no regresó.

Los ancianos dijeron que estaba escrito, desde su nacimiento, que el mar le traería vida y muerte.

Las cavernas misteriosas

El subsuelo de la Isla de Pascua está plagado de cavernas. Bajo la corteza rocosa y cubierto por un pasto corto y firme, se extiende un mundo invisible lleno de leyendas y misterios. Algunas de estas cavernas tienen más de un kilómetro de profundidad y se formaron luego de erupciones volcánicas; recorren distancias enormes y sus formas caprichosas forman una inmensa red subterránea.

Las cavernas tuvieron un importante papel en la historia de la isla, ya que sirvieron de refugio en casos de guerra o necesidad, y todavía hoy la mayoría de las familias pascuenses posee una de ellas a manera de escondite.

Recorrerlas es una aventura muy peligrosa; los túneles se estrechan en angostos desfiladeros por los

cuales solo se puede avanzar reptando, y las innumerables bifurcaciones constituyen laberintos en los cuales es fácil perderse. Los túneles estrechos se abren a veces en salas espaciosas y otros terminan en ventanales que miran hacia los acantilados marinos. En estos sitios se han formado jardines fantásticos, con plantas de raras florescencias. Muchos excursionistas se han extraviado en estos vericuetos y sus cuerpos no han sido hallados jamás.

El espectáculo que ofrece la entrada de algunas cavernas es maravilloso: plátanos, vides, piñales, tomates, algodonereros, melonares y otros frutos crecen ahí libremente, protegidos por plantas gigantes y formando unos jardines paradisíacos.

La madre de mi esposo dijo que la desgracia había llegado del otro lado del mar. Luego fijó en mí sus ojos enrojecidos de llanto.

Y yo, traspasada por la pena, recordé la pluma negra.

Durante dos días y dos noches esperé sentada en la arena, al borde del mar. No comí ni dormí, y mis ojos ardientes lograron contener las lágrimas para no enturbiar su visión. Nunca antes la angustia se había apoderado en tal forma de mi alma. Ni siquiera esa tarde lejana, cuando flotaba en el mar, tras la tortuga. Por eso es que cuando una ola devolvió a la playa el cuerpo sin vida de Mahuna Te Raá, mi corazón estalló dentro de mi pecho y me desvanecí.

Desperté, horas más tarde, con los lamentos de las mujeres que hacían estremecer la isla. El cuerpo de mi esposo estaba envuelto en su capa de fiesta, sobre un altar de piedras y con la cabeza en dirección al mar. Lo rodeaban todos los objetos que él más había apreciado en la vida y, entre ellos, estaba el anzuelo de piedra pulida, que la muerte no había logrado arrebatarse de su mano. Habían rapado su cabeza y su cráneo estaba pintado con la figura de un pájaro de anchas alas.

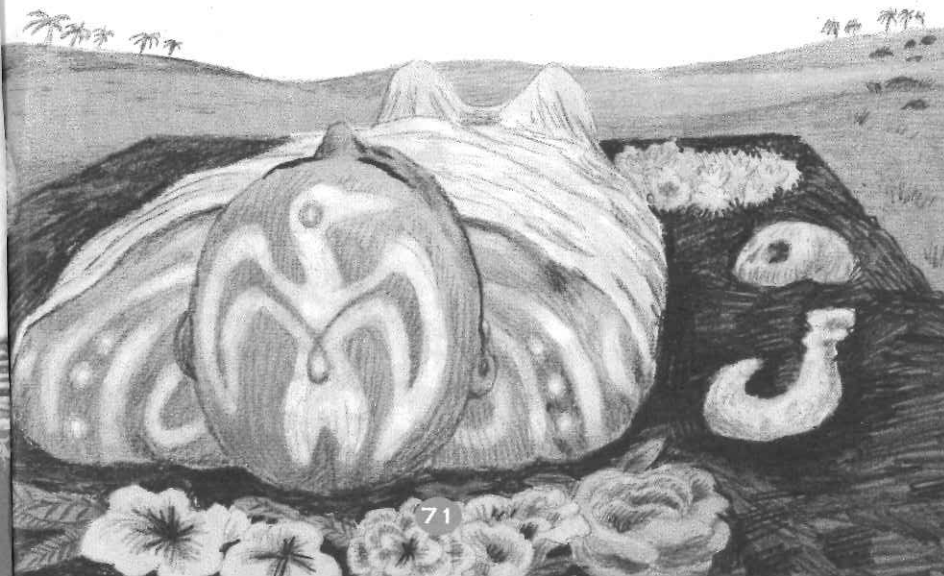
El gigante Uoke y el origen de Rapa Nui

Según la tradición pascuense, el origen de la isla se remontaría a un gran cataclismo ocurrido en el océano Pacífico, que habría obligado a un gran rey de un lugar llamado Hiva a emigrar en busca de un lugar seguro para su familia y su pueblo. En aquel tiempo existían muchas islas en las proximidades de Rapa Nui, pero muchas de ellas se habían hundido a consecuencia del terrible cataclismo que había sido desencadenado por un gigante llamado Uoke. Este gigante había ido levantando

y hundiendo las islas con una palanca inmensa. Pero al llegar a un lugar llamado Puko-Puhi-Puhi, la palanca se quebró, quedando milagrosamente a salvo la tierra llamada Te-Pito-o-te-Henúa —Ombligo del mundo— donde se habría refugiado el rey Otumatua y su gente.



Desde aquel día no dejé de llorar. Y mi hijo lloraba conmigo. Las flores verdes, rojas, rosadas, amarillas y azules que cubrían los suelos de Hiva, y que tanto había admirado, se oscurecieron ante mis ojos. Los árboles, tan altos y tan verdes que un día alabé, se transformaron en figuras siniestras bajo cuya sombra ya no quería cobijarme. Mis horas se llenaban frente al mar, con la mirada fija en el horizonte, tal como lo había hecho cuando vivía en Rapa Nui y soñaba despierta.



Los antiguos reyes

Los primitivos pascuenses tenían reyes cuyo poder era absoluto sobre la vida y los bienes de todos en la isla. Su persona era sagrada y, como tal, debía dejarse crecer los cabellos, no afeitarse jamás ni ser tocado nunca por ninguno de sus súbditos.

Los reyes no laboraban la tierra, ni pescaban, ni se dedicaban a ningún trabajo. Tenían, además, el derecho de declarar o hacer estallar la guerra. Más tarde perdieron este privilegio, junto con la disminución de su autoridad, tanto así que terminaron dando consejos más bien que órdenes.



Mi suegra comenzó a recriminarme:

—La esposa de mi hijo se ha transformado en una holgazana —decía. Y, abriendo su cesta, dejaba caer a mi lado los tallos de mahute, para que yo los trenzara—. Es cosa fatal ese llanto y no se te quitará la costumbre, si no haces un esfuerzo —agregaba—, mirándome con ojos desprovistos de cariño.

Pasó un mes y cierta tarde, al declinar el sol, bajé a la playa con mi hijo en brazos. Un pájaro taiko llegó a posarse a nuestro lado.

—Pájaro taiko: ven y llévame a la costa de mi tierra —le dije.

Pero el pájaro voló.

Llegó entonces a posarse un pájaro kena.

—Oh, pájaro kena, de allá de nuestra tierra. Ven y llévame a Rapa Nui.

Pero el pájaro kena también voló.

Entonces escuché el rumor de un cuerpo arrastrándose sobre la arena: era la tortuga grande; el espíritu bienhechor de mi esposo; la silenciosa compañera de mis juegos infantiles; la que había escuchado mis sueños, allá en Anakena; la que me había llevado sobre su caparazón hacia los brazos de Mahuna Te Raá.

Una tierra seca

La Isla de Pascua no tiene ningún manantial de agua dulce y sobre su suelo pedregoso azotado por fuertes vientos, los árboles tienen grandes dificultades para poder crecer. Cuando llegaron los europeos, los árboles y legumbres que traían no arraigaban, y si brotaba alguno, solo era por cuidados muy constantes de los indígenas. Esto explica que, a consecuencia de las guerras que asolaron la isla, a causa de las dificultades de cultivos y también de la pereza de los nativos, los habitantes de la Isla de Pascua sufrieran grandes hambrunas.

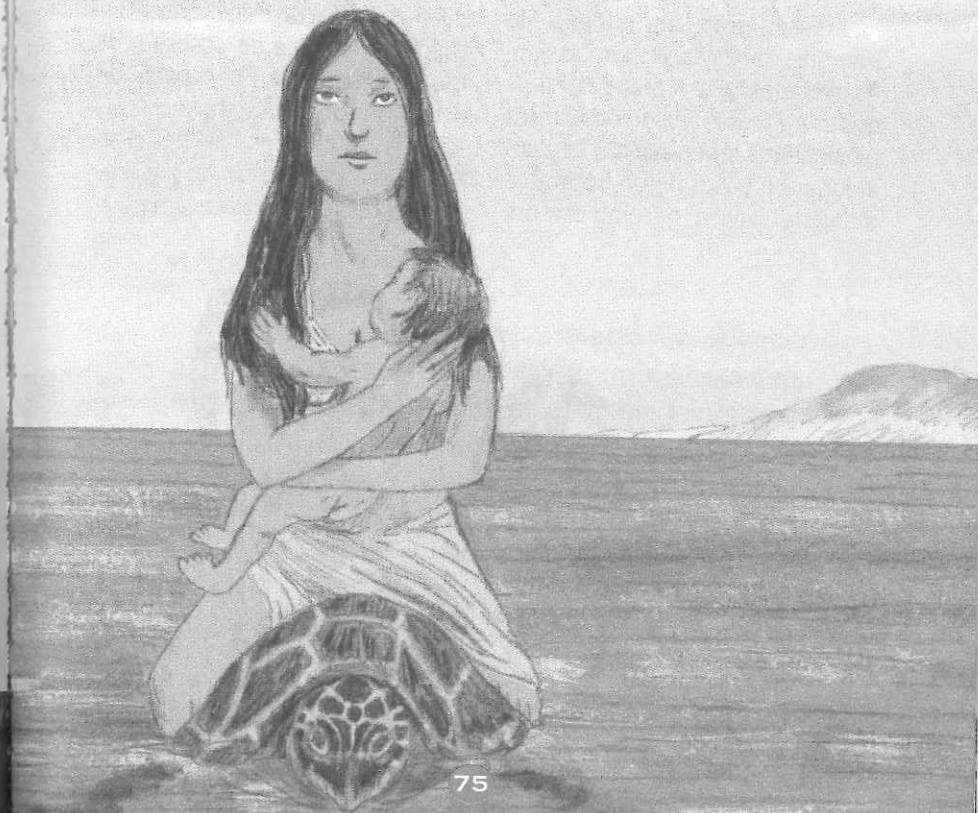
A diferencia del resto de la Polinesia, en la que el cocotero y el árbol del pan florecen como la mala hierba, en la Isla de Pascua los árboles pierden durante el invierno lo que han ganado durante

el verano. Y como para completar lo desolador del panorama —tampoco hay fuentes de agua potable—, los isleños se veían obligados a beber el agua de lluvia que se acumulaba en los cráteres de los volcanes y en las hendiduras de las rocas. Por último, hasta los peces eran menos numerosos en las aguas que bañan la Isla de Pascua que en las islas del resto de Oceanía. Los únicos animales comestibles que tenían los isleños, antes de que llegaran los europeos, eran unos escasos pollos, rayas marinas y aves.

Las consecuencias de la mala alimentación de los pascuenses no solo condujeron a un debilitamiento de la raza —lo que acarreó posteriores enfermedades— sino que engendraron malformaciones en sus organismos.

Comprendí que nuevamente me ayudaría y no necesité hablarle para que ella se arrastrara hasta la primera ola y esperara por mí.

Con mi hijo entre los brazos, me subí sobre ella y me dejé conducir sobre las ondulaciones de ese mar ancho y oscuro, que esta vez dulcificó su lomo para nosotros.



Isla de pascua hoy

Isla de Pascua, descubierta en 1722 por el holandés Roggeveen, fue anexada a Chile en 1878 por el capitán de corbeta Policarpo Toro Hurtado, que fue el que concibió y realizó la toma de posesión de la isla a nombre de nuestro país.

Cuando el Gobierno de Chile ocupó la isla, no había ningún país que reclamara su soberanía. Sus habitantes eran un puñado de hombres diezmados por las enfermedades y la lepra, perseguidos por piratas y por ocupantes particulares que habían llegado al lugar en busca de un botín. Los indígenas vivían miserablemente

y habían sido abandonados también por los misioneros que una vez predicaron ahí el Evangelio. Así, no tenían quién los amparase de los atropellos y persecuciones que contra ellos cometía un aventurero y capitán de marina mercante, el francés Dutroi-Bornier, que pretendía haberse casado con la isleña Koreta y se sentía dueño y señor de esas tierras. Luego de la toma de posesión de Isla de Pascua por Chile, partirían desde el continente nuevos misioneros y también las primeras iniciativas para curar de sus enfermedades a los isleños.



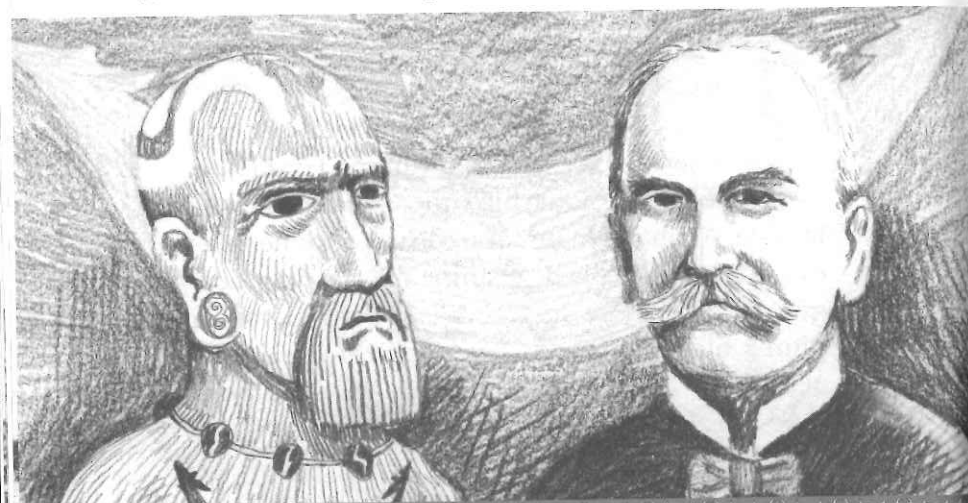
Makarina dejó de hablar. Había un silencio absoluto que nadie osaba interrumpir. Hasta que, de pronto, un revoloteo hizo que todos levantaran la vista. Arriba, el manutara, con sus enormes alas extendidas y su cola de abanico abierta, planeaba, girando por sobre sus cabezas. Todos vieron la pluma blanca que se desprendió de una de sus alas. Todos la vieron descender y posarse sobre la frente del hijo de Makarina.

Consejo de ancianos de Rapa Nui*

Hoy existe el Consejo de ancianos o jefes de Rapa Nui, formado por 36 personas que representan a cada apellido de la isla y cuyo objetivo es defender los derechos a la territorialidad, cultura e intereses de Rapa Nui. Actualmente el jefe de este Consejo es Alberto Hotus. Ellos sostienen que si bien la soberanía de Isla de Pascua pertenece a Chile por acuerdo de voluntades entre el rey de Rapa Nui, Atamu

Tekena, y el capitán Policarpo Toro, en dicha entrega de soberanía los jefes o ancianos de Rapa Nui reservaron sus derechos o investiduras, los que, en toda la Polinesia, siempre se relacionan con la posesión de la tierra. Al respecto, afirma Alberto Hotus, en nombre del Consejo de jefes de Rapa Nui, "que el acuerdo de voluntades de las partes se refirió a la soberanía y no a la propiedad privada".

* El presente texto fue escrito en 1993, año en que se publicó el libro. Los conceptos descritos entonces continúan vigentes. (N. del Ed.)



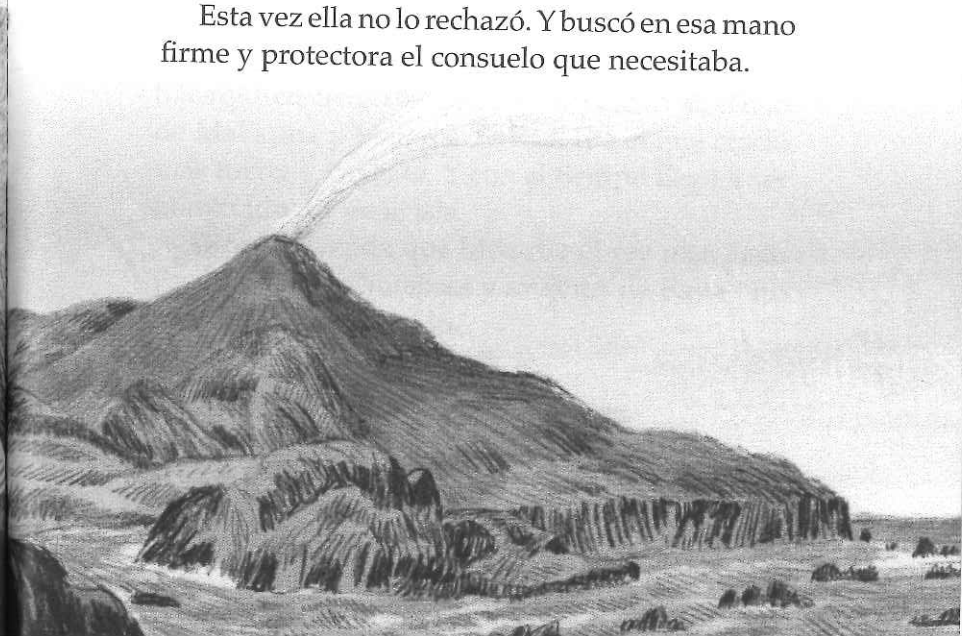
Makarina, la viuda bella, supo que esta vez era un buen augurio. Y recordó la séptima y última profecía del anciano de Hiva: "Tu hijo será rey de un lugar donde el humo corona el cielo".

Y como si los recuerdos de Makarina también los hubiera conocido el volcán, una débil fumarola brotó de su cima y se elevó hacia el cielo.

–Bienvenida a Rapa Nui, hija –habló el más anciano de Rapa Nui– y bienvenido sea tu hijo, ahora hijo de la isla.

Entonces la abuela de Makarina destapó el curanto. Y antes de que Makarina se incorporara para ir en ayuda de las otras mujeres, la mano de Nuku se posó sobre su hombro.

Esta vez ella no lo rechazó. Y buscó en esa mano firme y protectora el consuelo que necesitaba.





EPÍLOGO

Makarina y Nuku se casaron y tuvieron tres hijos que crecieron bellos y sanos. Pero Moa, el hijo de Makarina y Mahuna Te Raá, fue el que creció más fuerte y valiente. Y con el tiempo llegó a ser nombrado rey de la isla.

Dice la leyenda que Moa fue el rey más justo y sabio que los hombres y mujeres de Rapa Nui recuerdan haber tenido.

Nota

Las autoras recrearon en forma libre la antigua leyenda de Uho, la joven bella, recopilada por el padre Sebastián Englert, según una versión del pascuense Arturo Teao.

Vocabulario Pascuense

- **Ariki:** rey
- **Hanga:** bahía
- **Henua:** tierra
- **Hupe:** catarro, resfrío
- **Ika:** pescado
- **Mango:** tiburón
- **Marama:** luna
- **Matangui:** viento
- **Mahori:** sabio sobre su asiento
- **Maro:** plumas
- **Pepe:** mariposa
- **Poki:** niño
- **Rapa:** isla
- **Rangi:** cielo
- **Rakau:** plantas, árboles
- **Tapu:** lo sagrado, lo secreto, lo intocable
- **Vai:** agua

Bibliografía

- *El misterioso mundo de Rapa Nui*, de Ramón Campbell. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Argentina, 1973.
- *La Isla de Pascua y sus misterios*, del doctor Stephen-Chauvet, Empresa Editora Zig Zag, 1943.
- *La sorprendente Isla de Pascua*, de André Valenta. Ediciones S. M. España, 1988.
- *Leyendas de Isla de Pascua*, de P. Sebastián Englert. Ediciones de la Universidad de Chile, 1980.
- *Los soberanos de Rapa Nui: pasado, presente y futuro*, por el Consejo de Jefes de Rapa Nui, Alberto Hotus y otros, Santiago de Chile. Editorial Emisión, 1988.

Otros títulos de la colección

- *Chimalpopoca, niño azteca*
Chimalpopoca, un niño azteca de ocho años, entra a la escuela de sacerdotes en los tiempos del esplendor y horror de la cultura azteca. Al poco tiempo, su hermana es designada para ser sacrificada a los dioses.
- *Juanita, joven patriota*
Cuando a la hacienda de Las Mercedes llega un joven oficial patriota malherido, Juanita, lo recibe, lo auxilia y lo esconde. Este acto de valentía le traerá graves problemas y un conflicto con su padre.
- *Psiqué, la enamorada de un dios*
Cuando Eros, dios del amor, se clavó sin querer una de sus flechas, se enamoró perdidamente de la joven y hermosa Psiqué. Pero ella estaba predestinada por el oráculo a sufrir por el amor trágico de su terrible marido.
- *Quidora, joven mapuche*
Don Diego, un conquistador español, es herido en la lucha y hecho prisionero por un cacique mapuche, cuya hija, Quidora, lo cuida con dedicación y, al mismo tiempo, se enamora de él.
- *Judit, guerrera de la fe*
Judit, una hermosa y valiente judía que salva a Jerusalén de las tropas de Holofernes, uno de los más temidos generales del Rey Nabucodonosor.
- *Li Song, mujer china*
Esta es la historia de tres mujeres chinas: una madre, su hija y una chamán, quienes se rebelan contra las costumbres y creencias de la sociedad patriarcal en la cual nacieron, que fomenta la sumisión de la mujer.